

Iñigo de Loyola en la fortaleza mayor de Santiago

Por José María Recondo, S. J.

LA FORTALEZA MAYOR DE SANTIAGO

La fortaleza de Santiago, defendida un día con la sangre de un hidalgo, Iñigo de Loyola, fué la inanimada cuna de un poderoso movimiento de la Contrarreforma, iniciado en las huestes religiosas que de ella tomaron remota raíz con el nombre de Compañía de Jesús. Allí un jesuíta navarro del siglo XVI, el P. Miguel de Ochoa, taumaturgo y Rector de Oñate, el primero en descubrirnos la espiritual génesis que de la fortaleza de Pamplona se deriva, hizo maravillado su elogio. **«Esto quiero que no se me holidé, y es que por la mañana era menester hordinariamente que fuésemos al castillo, donde cobramos todos los de la Compañía Padre... Pero lo del Castillo tenía yo en más, porque descendemos todos de allí»** (1).

Luego, sobre aquel monumento cayó el blando cúmulo de las adoraciones devocionarias del siglo XVII, instituyéndose una fiesta, La herida de San Ignacio, y levantándose la fábrica de la Real Basílica. De tan glorioso destino que cupo a la fortaleza de Santiago restan ciertos despojos, cuyos negros avatares suponen para la Historia un feo desdoro.

La aparición de la fortaleza en Pamplona coincidió con la nueva época defensiva que inauguró la artillería pirobalística, abriendo las bases para la moderna fortificación abaluartada. A

(1) Mon. Hist. S. I.—Epistolae Mixtae. III. pg. 207. Carta del P. Miguel de Ochoa al P. Polanco. Oñate, 28 de Marzo de 1553.

vista del Castillo Viejo con razón alegaban falazmente los navarros ante Fernando el Católico que Pamplona nunca había tenido fortaleza (2), ya que el nuevo ingenio castramental venía a remediar con creces las deficiencias de los castillos medievales.

De 1513 data la aparente confusión con que las fuentes contemporáneas denominan indistintamente el Castillo, el Castillo Viejo, el Castillo Nuevo y la Fortaleza (3). En realidad, en Pamplona en esa fecha no había más que un castillo, el Castillo Viejo de la Navarrería, y una fortaleza, la de Santiago, menos técnicamente llamada el Castillo Nuevo. Otra fortificación secundaria mereció también tal nombre de fortaleza, la fortificación evolucionada de San Nicolás.

El Castillo Viejo recluido en la Navarrería, algo distante de las líneas defensivas, inutilizado, no acudía a la guerra, como se vió hacía unos meses en el cerco y batalla de tierra que determinaron dar los franceses a Pamplona. Las estancias de 1512 en la avanzada de las murallas corregían el destino del Castillo, empujándole suavemente a la retaguardia. Allí fué donde concentró el Duque de Alba los 818 soldados bisoños, criados de caballeros, con el fin de adiestrarlos a las órdenes de Villalba (4). En el Castillo Viejo también, el 24 de noviembre armó su tienda y se alojó el Marqués de Villafranca «para estar más cerca de su estancia y cabe ella fueron otras armadas de caballeros que le aguardaban» (5).

A medida que el Castillo Viejo fué menguando se pensó en la necesidad de dotar a Pamplona de una fortaleza (6). El emplazamiento destinado a la fortaleza desarraigó el Monasterio de Santiago, frente estratégico, tenazmente castigado en 1512, por donde el 9 de noviembre desfilaron hacia la ciudad los caballeros franceses con las batallas ordenadas (7). En tal punto el Monasterio de Santiago o Convento de Santo Domingo (8) cedió a la fortaleza su solar, sus mejores construcciones y el callado

(2) IDOATE. «Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra». Revista «Príncipe de Viana». N.^{os} LIV y LV, pág. 6.

(3) Los documentos militares emplean con preferencia la denominación de fortaleza en oposición a los civiles.

(4) L. CORREA. «Historia de la Conquista del Reino de Navarra», pág. 199.

(5) L. CORREA, pág. 206.

(6) J. ZURITA. «Anales de Aragón». VI, lib. X.

(7) L. CORREA, pág. 189.

(8) Ibidem. cfr. GARIBAY. «Compendio Historial». III. lib. XXX.

cementerio conventual, cuyos dorados huesos y marfiles fueron piadosamente trasplantados ya avanzada la obra (9). Por la pérdida del Monasterio la Tesorería General de Pamplona indemnizaba lentamente en 1521 «ai prior y frayles de Santiago... en recompensa del monasterio que se les tomó para hazer allí la fortaleza de pomplona» (10).

Del monasterio desaparecido heredó su advocación jacobea (11) la fortaleza de Santiago, más frecuentemente llamada la «fortaleza mayor». Gemelamente se dió comienzo a la fortaleza de San Nicolás. En las obras de la fortaleza mayor de Santiago se gastaron morosamente siete años largos desde que se colocara la primera piedra por los días del 8 de agosto deste año mil quinientos e treze que se comenzó la obra de la fortaleza que se haze en la ciudad de Pamplona» (12).

En el verano de 1513, por tanto, el fragor de las obras enardecía el aire de Pamplona. Desde la mañana los capitanes tomando el alarde de sus gentes y los cuadrilleros avivando con sus voces la indolencia de sus peones, hasta el crepúsculo sonoro de alaridos y relinchos, ascendía del lado de la población un himno rudo, con la violenta musicalidad del trabajo sobreviniendo a la mística salmodia del monasterio.

Por lo regular cada capitán mandaba sobre cuatro cuadrilleros y cada cuadrillero movía unos cincuenta peones manobreros, atraídos de todos los puntos de la provincia. Después de varios días de camino habían venido a las obras de la fortaleza mayor maestros y alarifes de Guipúzcoa a inscribirse en el rolde. Así entre muchos, vascos de rostros triangulares, vinieron ajustándose a sesenta maravedises por día los maestros canteros, Maestre Juan de Alquiza, vecino de Anoeta, Maestre Pedro, vecino de Tolosa, los Maestros Francisco de Echeverrio, Pedro de Mendizábal, vecinos de Legorreta, Maestre Iñigo, vecino de Cegama, Maestre Miguel de Larreta, vecino de Alegría, y Mastre Luys de Otazu, vecino de Leaburu. Estos alarifes guipuzcoanos, ganadores de su pan en Navarra, merecieron ser bulliciosamente

(9) A. G. N. Papeles Suelos. Rena. carpeta 1115.

(10) A. G. N. Libro de la Tesorería General de Pamplona, 1520-21. fol. 104 v.

(11) Así en una donación del Emperador a Francisco Duarte se habla expresamente de la «fortaleza mayor de Santiago de la dha. nuestra ciudad». Rena, carpeta 45.

(12) Rena. Leg. 172.

anotados en la «Quenta de Micer Juan Rena», «a XV días que se ocuparon en venir de sus casas e tomar asyento» (13).

Era ya el mes de octubre del mismo año, cuando se comenzó a trabajar «en abrir los cimientos de la fortaleza». Sobre cerca de quinientos obreros ocupados en tal faena se mecía el blando escuadrón de numerosas obreras, mozas del burgo, de la población de la navarrería y las aldeas. Mientras el peonaje cavaba las zanjas, las mozas transportaban la tierra en descomunales espuestas. Entre la bronca sonoridad de las cavadas, alzábanse graciosos y agudos como dardos los nombres despiadadamente tomados al alarde, Margarita, Domenja, Isabel... Los pagadores habían ofrecido en maravedises por el trabajo de una moza la mitad de precio de un jornal.

Para fines del mismo mes se hicieron rodar todas las carretas, arreglado el avío por el maestro carpintero Pedro de Idoy después de haberse ocupado cuatro días en «hacer tamboreles», siendo Juan de Quevedo el constructor «que haze e adoba las carretas que andan en las obras de la fortaleza que se haze». Y se hizo el adobo con «manteca de puerco para untar las carretas». De las bestias de la obra impetuosas y elásticas, tomando virajes y grabando las estrías en el suelo raras elipses, jeroglíficos, cuidaba Cristóbal de Tabladillo, «capitán de las muías de Su Alteza»; cuarenta mulas de artillería, gobernadas por fieros mulateros, traían de las colleras los tiros de los carros. Las mulas —se adivina— sudadas, acremente olorosas, con los cascos algo incendiados patearon durante años por una tiradera, desde la fortaleza a la cantera (14).

Húmedo el mes de noviembre con sus lluvias y boiras dificultó encharcando el trabajo de los cimientos, así el 27 de noviembre se pagaron «tres gamellas de madera que se compró pa vaciar el agua de la zanja que se haze pa los cimientos que se hazen pa la fortaleza».

Simultáneamente se dió comienzo en Ezcaba a la obra de cantería. Trabajarían unos 27 canteros y para cuando apareció labrado el Portal de San Nicolás. Juan de Berástegui y otros carpinteros habían subido al Castillo Viejo, en triste desuso, ha-

(13) Rena. Libro de la Quenta de Micer Juan Rena.

(14) Del 31 de octubre al 5 de noviembre se trabajó «en hacer el camino de las carretas pa venir desde la cantera». Rena. Leg. 172. Fortaleza de Pamplona y Obras de San Nicolás.

bilitando en su interior la cárcel, según que carpintearon «una puerta nueva que hizo para la cárcel que se haze en el cubo del dho. Castillo Viejo» (15).

En el mes de diciembre no se había dado fondo a los cimientos y a las cavas. Se trabajaba con mayor intensidad en las canteras y se practicaron demoliciones en el Castillo Viejo, pagándose «los salarios e jornales de mediodía que trabajaron lunes diez e nueve de deziembre deste año de quinientos treze en deshazer e sacar la piedra de las murallas del castillo viejo para la fortaleza que se haze» (16). Así definitivamente declinaba el Castillo Viejo legando sus piedras nobles y acrecentando con su mengua la obra de la Fortaleza Mayor de Santiago.

Las cuentas del año 1515 inducen a creer en una verdadera fase de franca construcción. Obra de cal y cantería. Las caleras de la cuenca de Pamplona encendidas durante meses nevaron de cal blanquísima la obra de la fortaleza. Las caleras de Echauri, Vidaurreta y Tiebas empolvándose de humo, cociendo la cal, entreabrían sus hornos dejando fanegas «en piedra viva y en polvo» en las carretas de Tabladillo. La piedra menuda «zaborra» para fabricar los entremuros se amontonaba por particulares, venidos de las aldeas con sus cargas. En las canteras de Muru y Ezcaba se labraron sonoramente los sillares con destino a los paramentos de la fortaleza, hasta que llegó carta del Rey al Marqués de Cañete, Virrey de Navarra, dando órdenes en el obrador. «Y la obra de la dicha fortaleza se haga de **mampostería labrada a pico** su **haz** y no de sylleria porque se haga más presto, pues va mas en la brevedad del tiempo que en la fermosura...» (17). Comenzaba a levantar la fábrica. No más demoliciones, de no ser algunas casas sobre la muralla del castillo viejo (18), ni se abren más zanjas, fuera de que se limpian «las cavas desde el portal de la tejería hasta el portal de la judería» (19). La tarea constructiva iba aupando la fábrica corpulenta del Castillo Nuevo y en el verano de 1515 por sus muros se aplastaba un sol deslumbrante y del lado de la ciudad los mendigos comprobaban su sombra y abrigo.

(15) Rena. Leg. 172. Fortaleza de Pamplona y Obras de San Nicolás. 13 noviembre

(16) *Ibíd.* 19 diciembre.

(17) Carta del Rey al Marqués de Cañete. 7 julio 1515. Rena. Leg. sin n.º.

(18) Rena. Carpeta 6.

(19) *Ibíd.*

A veces parecía faltar muy poco en el vasto cuadrilátero de la fortaleza y se ultimaban o se adelantaban detalles. Junto con los viajes de martillos y picos traídos de las herrerías de Tolosa y Vergara, se recibían en cuenta las carretas de clavazón, y ya estaban ferradas las puertas de la fortaleza. La torre de San Nicolás, altísima centinela emparejada a su lado, conoció en tal año los equilibrios de los polvoristas y sus peones, subiendo a ella cargados de pipotes y barriles de pólvora (20). Hasta un atisbo y tufo de víveres ofrendó la fortaleza con el ingreso de un molino de atahona, traído de San Nicolás.

De repente el bullicio de la obra se acalla en 1516 y se reaviva con la jornada del Mariscal y su intentona que sirve de estímulo a las obras de la fortaleza. Ahora entró la obra a destajo tomada por Maestre Pedro de Mendizábal, cantero estruendoso que empuja a lo alto en los años sucesivos los techos y cielos de la fortaleza mayor de Santiago. La fortuna destaca a este alarife sobre sus compañeros distinguiéndole con las más ambiciosas contrataciones. El 5 de mayo atacó la «obra de cantería que quedava por hazer en las murallas de dha. fortaleza... hasta igualarla con los tablamentos que estaban hechos en la misma muralla a la parte del campo» (21). Y entre los tablamentos forjados para la fortaleza o para otras murallas dejaron unos hombres las vigas arrancadas a una de las casas más nobles de Navarra; era la casa que en Pamplona tenían los Señores de Xavier. En la obra quedaron en un trenzado las vigas de Xavier misteriosamente unidas a los pasos de Loyola. Y lloró una madre con sus hijos con un llanto y un duelo por un daño de más de cien ducados de oro (22).

Tal vez para estas fechas la fortaleza desarrollaba dos tercios de su volumen. Nuevas masas se aplomaron rápidamente ante el pasmo de los pamploneses, que felicitaban a Rena. «En las obras de la fortaleza desta ciudad se da mucha priesa y de verdad V. S. R.^a acertó en mandar que se pagase el destajo...» (23).

(20) Rena. Leg. 172. Gastos de Artillería. 1515. Fol. 3.

(21) Rena. Leg. 172. Cuenta de destajo de las obras de la fortaleza de Pamplona que tomó Maestre Pedro de Mendizábal.

(22) Rena. Carpeta 62.

(23) ... «y en lo que toca a los coseletes, petos y picas y otras armas nuestras que al presente estan en essa ciudad y las que por nuestro mandado haueis de traer a ella desde Logroño... las deveis poner en la nuestra fortaleza dessa dicha ciudad en el refitorio o dormytorio o en los corredores altos que estan encorporados en ello cerrando si neccessario fuere los dichos corredores, y poniendo las dichas armas por horden...». Rena. Carpeta 58.

En 1517, cuando Iñigo de Loyola llegó a Pamplona, la fortaleza debió de estar casi terminada. ¿Cómo si no se nombra un alcaide para una fortaleza nonata? Cisneros protestó por el nombramiento de Herrera, a quien tenía por sospechoso; pero Herrera quedó nombrado con 58.000 maravedises de sueldo y sus títulos de alcaide y camarero real. Dijo también el Rey acerca de la fortaleza «que muy pronto será acabada». Y de noche quería confirmarlo el resplandor de una linterna a ratos inmóvil y a ratos meneada a tientas a lo largo de la fortaleza.

Ya el año 1518 Herrera contó con la obediencia de una guarnición alojada establemente y fué creando depósitos de armas que distribuyó por diversas dependencias. Por orden de Carlos V se trajeron a la fortaleza los coseletes, petos, picas y demás armas todas de Pamplona. Nuevas remesas de armas llegaron de Logroño y por orden del Rey se fueron colocando ordenadamente en el refectorio, o dormitorio o en los corredores altos (24).

Miguel de Herrera en esto de juntar armas se ayudaba sin duda de su hermano Francisco, quien los años anteriores anduvo despoblando de armas las fortalezas de Lumbier, Sangüesa, Jaca y otras. También mandó el Rey, descendiendo a tales menesteres, «hazer un molino de alimpiar armas en la fortaleza de la dicha Ciudad» (25). Era la primera vez que se traía cuidado en juntar el armamento en la fortaleza.

Al fin la Fortaleza Mayor de Santiago con su volumen de masas y perimetría fué obra acabada que hinchaba un soberbio bulto arquitectónico, cuya mejor ilustración debemos a Pizaño, después de sustraer al plano algunos elementos adicionales, posteriores a 1521. Toda la fortaleza quedaba suspendida o a caballo sobre una eminencia, la mota de la población, como la llamaban los pamploneses. Mota redonda y calva, con su cima planada, la mota «cabo el portal del Castillo nuevo» (26). El cantero Pedro de Orendáyn —tasador de la demolición de Xavier— trabajó en la mota el año 1520 «en cerrar la puerta de la mota de la población y en adrekar el albullon de cabo Sant Lorenz y cerrar el paso del muro del Castillo nuevo» (26).

(24) Carta de Carlos V a Juan Rena en Zaragoza a 11 de diciembre 1518. Rena. Carpeta 58.

(25) Libro de la Tesorería General de Pamplona. Año 1520. Fol. 19 v.

(26) Libro de la Tesorería General de Pamplona. Año 1520. Fol. 37 v.

Al crecer la fortaleza su tronco cuadrado dilató los campos de tiro y desarraigó unas treinta casas (27). En cabeza de todas ellas fueron demolidas las casas del Doctor Rada (28), quien había sido damnificado también en un solar «comenzando en el portal del Castillo de la parte de Sant Agustín ata el portal de la texeria».

La fortaleza quedaba así desahogada del cerco que en su derredor apretaban las treinta casas restándole altura. Tenía ante sí una plaza (29). La fortaleza era de planta cuadrada con cubos en los ángulos. Sus cuatro lienzos repartidos a los cuatro puntos cardinales se orientaban al campo, a la población, a San Nicolás y a la tejería. Del lado de la población fueron sin duda demolidas las treinta casas y en aquel frente abrió la fortaleza su puerta principal con puente levadizo, ya que en 1536 sobre esta puerta se alzó una gigantesca garita a juzgar por las «mil y quinientas tejas que vendió Valentín de Jaso, «las cuales se gastaron todas en el tejado de la dicha garita» (29).

Siempre resultará difícil intentar una distribución de aposentos, salas y estancias en el interior del cuadro de la fortaleza, siendo en parte verdad la excusa alegada por sus defensores en 1521 de que su obra no había sido aún terminada. Débilmente las obras posteriores sucedidas ininterrumpidamente en su seno podrían iluminar los ámbitos fugazmente habitados durante tres días por Iñigo de Loyola. Teniendo en cuenta la incorporación del monasterio de Santiago junto al refectorio, dormitorio, corredores y aposentos altos, hay que mencionar las cóncavas bóvedas como elementos arquitectónicos fieles a la obra anterior a 1521. Estas bóvedas de la fortaleza podrían situarse en la planta baja, apuntando con sus vértices un primer piso (30). Por distintos ángulos aparecían en 1536 «el cuarto de anzia la puerta de la tejería» (31), «el cuarto nuevo hazia el molino de Caparroso» y con anterioridad, en 1523, «la obra del aposento nuevo» con alguna primacía sobre otros aposentos (32).

(27) «...quando se edificó la fortaleza se derrocaron treynta casas que estavan alrededor della...». Rena. Carpeta 130.

(28) *Ibíd.*

(29) «...plaza delante de la fortaleza...». Recibo de diversas **personas**. **Rena**. Leg. 172.

(30) «... sacar tierra ahondar cuarto debaxo de las bobedas». Rena. Leg. 74. Carpeta 1.^a

(31) *Ibíd.*

(32) Rena. Leg. 173. Carpeta 4.

En vísperas del cerco de los franceses, la fortaleza funcionaba con normalidad. En su interior circulaba la guarnición uniformada de angeo (33). El mismo año de 1521 el alcaide Herrera había comprado «cuarenta y cuatro mantas para camas e ocho capotes pa las velas» (34) y pagaba a «una costurera para savanas de las camas de la fortaleza» (35). En los últimos meses, ante la proximidad del peligro francés, aumentaría la tensión de la infantería. De noche la linterna de la fortaleza movía su ojo lo mismo que meses después ante un nuevo amago de cerco —septiembre 1521— se enciende la fatídica luz de la «lanterna pa requerir de noche las guardas y estancias de las velas y rondas que se hazia cada noche en pamplona» (36).

En las almenas y pretilas asomaban sus hocicos de bronce los sacres y falconetes, las bombardas y culebrinas de la artillería de Pamplona, la artillería de siempre, artillería historiada y bella, hecha de trofeos y joyas bélicas, pero poco útil para la defensa. Una relación de la munición y artillería de 1521 (37) describía un falconete que «tiene un golpe que le dieron quando el cerco de Pamplona», «dos sacres del Rey Don Felipe», dos falconetes «del Rey Don Juan» (38), y prendidas respetuosamente, como que nadie osaría atendalar, veíanse «tres tiendas viejas, una de Su Majestad e otra del Duque de Alba e otra de Diego de Vera».

La fortaleza mayor parecía inmunizarse plenamente contra la traición llenándose de contenidos heroicos. Bajo la significativa advocación de Santiago, con una capilla donde se veneraba a la Virgen del Pilar (39) y el cúmulo de trofeos conquistados en las campañas de 1512 y 1516 hacían de ella un bastión de España.

Sólo carecía del héroe que la mereciese con su hazaña y su épica.

(33) Rena. Leg. 172.

(34) Rena. Leg. 172. «Quenta de capotes y mantas.»

(35) *Ibidem*.

(32) Rena. Leg. 172. XI pliegos.

(37) Rena. Carpeta 103. Publicamos esta relación de artillería por considerarla más próxima a los sucesos que estudiamos. Otros inventarios de artillería cfr. Ascunce, Idoate...

(38) En otro memorial de la fortaleza de Pamplona leemos «VI falconetes los IIII ochabados que se tomaron al Rey Don Juan y los otros dos ochabados de diez ochavos...». Rena. Carpeta 103.

(39) Cfr. ASCUNCE. «Iñigo de Loyola, Capitán español», pág. 40. Tal vez la veneración a la Virgen del Pilar en la fortaleza se deba a la devoción de Rena. En carta a Francisco Duarte el 8 de **noviembre, 1518**. «...**hazme decir tres misas de la concepción en el altar de N.^a Señora del Pilar por mi intención...**».

II

LOS DEFENSORES DE LA FORTALEZA
DE SANTIAGO

Miguel de Herrera, unas veces llamado el capitán, otros el comandante, según la usual libertad de la época, fué el alcaide de la fortaleza de Santiago. Confundido muchas veces con su hermano, a la sazón alcaide de la fortaleza de San Nicolás (40) y llamado a ser el héroe de la resistencia, fué cuando menos el ser privilegiado destinado a gozar los pingües emolumentos que el poder civil y eclesiástico disfrutaba en Pamplona. Su amistad con Juan Rena, Vicario General, luego Obispo, le valió su apoyo muchas veces, aun cerca de Roma. Ya el 1 de marzo de 1521 tramitaba Francisco Duarte en la Ciudad Eterna una dispensa para conseguir «beneficios y pensiones» a favor de Herrera y atendiendo a que él es «regular de la horden de los milites pertenecientes de Alcántara se la darán» (41). Explotando título tan poderoso llegaría habilidosamente el caballero milite de Alcántara a obtener en 1526 cien ducados para renta de su sobrino (42), una partecica dorada de los frutos correspondientes al Arcedianado de Usún. Simultáneamente hacia el Arcedianado de Usún habían dirigido sus aspiraciones Miguel de Herrera, Juan Poggio y Juan Rena. De las respuestas del Cardenal Cesarino a XVI de agosto de 1526 se obtuvo una solución tripartita «dando cierta parte de la renta del Arcedianado de Usún a Herrera y a Micer Juan Poggio otra parte y a v. m. (Rena) el título» (43). La lucrativa participación de Herrera en estos y otros bienes eclesiásticos revela aún más su poderoso influjo a través de las redes curialescas, cuando leemos las palabras y conocemos el ánimo rendido del Cardenal Cesarino «et perche ne ritrovati m.º obligati al Sor. Herrera Alchayde de Pamplona...» (44).

(40) El primero en haber confundido a ambos hermanos fué Pero Mexía en su «Historia del Emperador Carlos V». Sandoval, fiel explotador de Pero Mexía, cuya obra era aún inédita, difundió la confusión, legándola a Boissonade y Campión...

(41) Rena. Leg. sin n.º. Carta de Francisco Huarte a Juan Rena. 1 de marzo 1521.

(42) Rena. Carpeta 64. «...y porque por otra parte tiene offrescido al alcayde de Pamplona darle para un sobrino suyo hijo de su hermano renta en Pamplona hasta cierta suma...».

(43) *Ibíd.*

(44) Carta a Juan de Rena del Cardenal Cesarino, 22 enero 1527. Rena. Carpeta 64.

El alcaide y camarero real ocupaba en la vida civil de Pamplona un puesto dominante, elevándose en multitud de circunstancias, sin desconocer el eclipse de muchos días consumidos entre las exigencias triviales y metódicas de su profesión militar. Del lado económico, otra vez, los 58.000 maravedises de sueldo, sujetos a reclamaciones de pagas retrasadas, se vieron brillantemente contrarrestados por el auge de sus negocios privados. En 1519 descubrimos en los círculos íntimos de la Curia y de la Fortaleza el embrión de una explotación de minas y metales de Navarra y Guipúzcoa (45). Sancho de Yesa el mercader acaudalado, Rena, el Señor Malpaso, el Capitán Gonzalo Pizarro y Miguel de Herrera sentíanse satisfechos propietarios de los mineros de Navarra. Se barajaron conciertos, traspasos y arrendamientos. Mineros de Oyarzun y Motrico, mineros en Navarra, y sobre todos ellos el fabuloso minero del Baztán, cuya húmeda entraña despedía cuando menos espejismos de oro. «La fuente de oro» de Maya (46), fuente intermitente, con su madre cuajada de arenas auríferas, deshizo en sus cristales la sed de aquellos buscadores de oro que convirtieron el Baztán en histórico preludio de «El Dorado» (47). Mitad verdad, mitad fábula, la fontana de oro de Maya, sin que se hayan conocido los resultados positivos de su antigua explotación, impregnó de fantasía la vida de sus explotadores, hasta el punto de referirse proverbialmente a ella desde Roma el agente del Vicario General y del Duque de Nájera.

Malviviendo, sin ducados para mantener caballo y boato en sus visitas a los Reverendísimos Cardenales, Francisco Huarte modulaba endechas en las cartas a su señor, cerrando escandalosamente esta vez con ruin ironía, el 2 de abril de 1521, ya en vísperas de la invasión francesa: «Criado soy del Duque y de Micer

(45) Concierto del Capitán Gonzalo Pizarro y del Sr. Malpaso sobre los mineros. Traspasación que me hizo el Capitán Pizarro de su parte de los mineros. Escritura del Sr. Malpaso de una parte que me dió en lo de la fuente de Maya. 1519. Rena. Carpeta 53.

(46) Identificamos esta fuente con la de Urpuza (pozo de oro) en cuyos alrededores se denuncian montoneras de piedras sacadas en las antiguas excavaciones.

(47) «En Bastán hay un pozo, cuyas aguas producen oro, que en el tiempo antiguo se solía sacar mucho, y afirmase, que los Navarros y Franceses de tierra de Labor, trocando muchas veces la sangre por el oro, cargaron el pozo, haziendo loa Reyes de Navarra y Francia echar peñascos, por evitar muertes, y oy día por los respiraderos deste pozo en la agua corren hartas arenas de oro, y en lo que corre muchas truchas y muy buenas.» GARIBAY. «Compendio Historial». III, lib. XXI, cap. III.

Juan Rena, piensan que es mi boisa, la fuente de oro de Maya o la Cassa de Moneda de Sevilla» (48).

Como militar desde su aposento de la fortaleza Miguel de Herrera, siempre atento a las voces del Duque de Nájera, Virrey y Capitán General, suministró municiones y artillería para liberar a la Reina demente Doña Juana en Tordesillas. Se ausentó para luchar contra las Comunidades de Castilla. También Rena luchó en Tordesillas, siendo herido de un guijarro que le dieron en la frente. A uña de caballo consiguió entrar de nuevo en la fortaleza días antes del cerco de Pamplona.

Junto a Miguel de Herrera su hermano Francisco aparece en diversas veces como alcaide de la fortaleza de San Nicolás, sucesor en el alcaldado del Capitán Carvajal 1515 (49) y de Diego de Guzmán 1516 (50). Jinete y centauro, asiduo viajero, visitó años atrás las fortalezas, recogiendo las armas, municiones y artillería.

Rena no se olvidó de apuntar y tasar en ducados sus viajes y convoyes a Jaca, Lumbier, Sangüesa y Fuenterrabía (51).

A los anteriores se reunió Martín de Herrera, apareciendo a continuación de las cuentas de 1521, sin fecha, en un mes de junio, como teniente de alcaide de la fortaleza (52).

Otro personaje central de la defensa de Pamplona fué Alonso de San Pedro, Mayordomo de la Artillería, soldado viejo, de avanzada edad a juzgar por el blanco indicio de sus canas, compañero de Iñigo de Loyola en la revuelta de Nájera y después en la fortaleza, forzado émulo de su herida. Ya en 1519 su nombre aparecía registrado con el título de mayordomo de artillería en alguna paga (53).

Compañeros de armas fueron en esta ocasión los criados del Duque, según su propio testimonio, habituales testigos y conocidos de Iñigo, Miguel de Topas (54), Johan Díez de Medrano (55),

(48) Carta de Francisco Huarte a Rena. RENA. Carpeta 103.

(49) RENA. Carpeta 65.

(50) RENA. Leg. 172. Carpeta 6. Fol. último.

(51) RENA. Carpeta 65.

(52) RENA. Leg. 172. Libro de la «Quenta de Micer Juan Rena». Cuenta de capotes y mantas.

(53) *Ibíd.* Cuenta con Alonso de San Pedro.

(54) Poder que dió Miguel de Topas, criado del Duque de Nájera. 1520. RENA. Carpeta 46.

(55) Tesorería. 1520-21. Fol. 30.

José María Recondo, S. J.

Diego López el contino del Señor Duque de Nájera (56), Fernando de Navarrete el camarero y hombre de confianza, muy activo, al cuidado de los correos y espías, y Pero Pardo, portador de las «albricias de la nueva de la toma de la fortaleza de Sant Juan del Pie del Puerto» (57).

Iñigo de Loyola, en fin, gentilhombre del Duque de Nájera, su pariente, «con cuya casa tenía deudo» (58), venido a Pamplona después del luctuoso fin de Don Juan Velázquez, un día incierto del otoño de 1517 por vía de Nájera con quinientos escudos en una bolsa y dos caballerías (59). Don Francisco Manrique Lara, hermano del Duque, recordará en Ratisbona el año 1541 al gentilhombre «como quien tanto tiempo le había conocido en su casa» (60).

El haber pertenecido a la «casa» del Virrey de Navarra constituirá la razón de las empresas y actividades de Iñigo, y la pauta para la solución de algunos «puntos oscuros» de su estadía en Pamplona (61). Así Leturia, guiado de Fita, condujo a Iñigo desde Pamplona a Valladolid para asistir a la jura del joven Rey Don Carlos, ya que el Virrey se halló presente con toda su «casa», torneando con la gente de su mesnada en las soberbias lizas de aquellas fiestas. Justamente hallóse allí también Don Martín de Loyola con recomendaciones del Duque ante el Monarca, en busca de la confirmación de honores y del derecho a fundar sobre nuevas bases el Mayorazgo de Loyola, 5 de marzo de 1518 (62).

Iñigo de Loyola hubo de andar muy asido a su señor, acompañándose más de una vez con los de su casa. Ciertamente no andaba lejos de él el hermano del Duque, Don Francisco, cuando un día, deambulando el gentilhombre por alguna de las calles de Pamplona, la rúa de la Chapitela, la rúa de la zaga tras el castillo, o alguna otra rúa declinante, una hila de hombres «toparon con él y le arrimaron a la pared, echó mano a la espada y dió tras

(56) Tesorería. 1520-21. Fol. 38. Aparece incompleto su apellido. Diego López de..

(57). RENA. Leg. 172.

(58) Mon. Igna. Series IV. II, pág. 471.

(59) *Ibidem*.

(60) Mon. Fabri., pág. 111.

(61) Consúltese el artículo «Iñigo de Loyola, en Pamplona (Puntos oscuros)», por PEREZ GOYENA, «Homenaje a Don Julió de Urquijo», por la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País. San Sebastián 1949.

(62) LETURIA. «El Gentilhombre Iñigo López de Loyola», pág. 111.

ellos una calle abajo, que, si no hubiera quien le detuviera, o matara alguno de ellos o le mataran» (63).

Don Francisco Manrique de Lara confirmaba esta narración a Araoz en 1560 apelando al húmedo testimonio de sus ojos, «al cual vi yo por estos ojos», y al decir que alguien detuvo a Iñigo, tal vez subrayaba con sus brazos, accionando en actitud de sosegar el pecho del gentilhombre.

Nuevos desplazamientos pudieron ocasionar a Iñigo de Loyola otros tantos viajes de su señor el Duque de Nájera. No conviene desconocer la fiesta y apoteosis de Don Antonio Manrique de Lara, Duque de Nájera y conde de Treviño en el año 1518, en que recibió de manos de Carlos V la investidura del Toisón de Oro; de aquella suntuosidad data el escudo de armas pintado en el testero de una de las sillas del Coro de la Catedral de Barcelona (64).

Según Dormer (65) en el año 1519 recibió el Duque de Nájera una carta del Rey fechada en 15 de abril, mandándole acudiese a pacificar a su hermana Doña Guiomar Manrique, madrastra a su vez de Don Pedro de Castro, cuyas nuevas disensiones desde el interior del Castillo de Castro perturbaban la paz de Aragón. El Duque partiría al lado de su hermana a sujetar a los desobedientes, acompañado de gente de armas.

Antes de entrar en los agitados días de las Comunidades el Duque, acompañado de «sus parientes», realizó un viaje a Roma (66). No sería raro que Iñigo acompañase a su señor en esta ocasión en calidad de pariente suyo visitando la Ciudad Eterna y confirmando su devoción a San Pedro.

Demasiado sugestivo este viaje de Loyola, tan ajeno entonces a los lazos con que la Providencia le había estrechado en sus designios con la Urbe, con el Pontificado, con la Roma en fin del «ego vobis Romae propitius ero», halla sus apoyos probables en la correspondencia de Francisco Huarte a Juan Rena.

El gentilhombre de Azpeitia había llegado a Roma, portador de las cartas de Rena a Huarte. Este no supo nombrar a su visitante más que con el velado anónimo de «el gentilhombre de Azpeitia»: «...y en XVIII deste mes de abril recebi un enbultorio

(63) Scripta. I, pág. 566.

(64) JUAN CREIXELL. «San Ignacio de Loyola», pág. 24.

(65) DORMER. «Anales de Aragón», cap. XXIII.

(66) RENA. Carpeta 103. Carta de Francisco Duarte a Rena.

de cartas que traya Pedro de Oña con el **gentilhombre de azpetia**, las quales avia LXXVI días que se avian hecho en pamplona y llegaron tan aviejas que hedían peor que mala cecina» (67).

Denominación tan característica recae en Roma sobre un noble natural de Azpeitia, habitante en Pamplona, llegado en los días de la venida del Duque. La pregunta irremediable afila los garfios de su interrogación: ¿Quién es el gentilhombre de Azpeitia? De no obstar la manera pródiga con que Huarte trata de gentileshombres a sus clientes y amigos, «gentileshombres de Génova», «un gentilhombre del Reino de Valencia» y otros gentileshombres más, nos inclinaríamos a favor de la candidatura de Iñigo, con preferencia sobre cualquier otro paisano suyo, colega y afín. Rena no resolvió nada en un misterioso papel que él intituló «Relación de las cartas que yo e scrito a la corte y a Roma, desde XII de Octubre en adelante e con quien las scrivi, y si cobre la resposta dellas»: «... que le scrivi en dos de hebrero 1520 con uno de aspetia pariete de M.^o Pedro que fue por tierra, scrivile en 2 de hebrero» (68). El gentilhombre de Azpeitia era pariente de Maestro Pedro, sin que conozcamos otros guipuzcoanos de ese nombre, íntimos a Rena, más que Pedro de Oña (¿Oña u Oñaz?), Pedro de Oñaz y a Pedro López de Loyola, el Rector de Azpeitia, hermano del santo.

En dos cartas encontramos noticias sobre Don Pero López de Loyola, en relación con el Vicario General de la Diócesis. La una tardía de 1523 (69) y la otra de diciembre de 1521 con una

(67) Carta de Francisco Duarte a Juan Rena. 30 abril 1520. RENA. Carpeta 103.

(68) RENA. Carpeta 104.

(69) Rena. Carpeta 43. Sobre la provisión de una capellanía. «Luego el dco. don Pero Lopez de Loyola Rector susodicho visto el pedimento ante el fecho e la appellacion e aggrabios, por el dco. don Fernando olasso presentados, dixo que por Reverencia e acatamiento que cualquier cristiano debe aber y tener al Sumo Pontifice que es vicario de Xto. El dcho. don Fernando appellava y appello para ante su sanctedat que el como mejor podía e debia de fecho o de derecho le ottorgaba e ottorgo la dca. appellacion y le defferia y defferio, concedía e concedio los apelamientos que pedia e que le mandaba y mando, se presente en el termino statuido en derecho, ante su sanctedat e demas le notificasse este acto el juez Ordinario lo mas presto que pudiese y esto daba y dio por su respuesta».

En el encabezamiento del documento es llamado el hermano de San Ignacio «Don Pero López de Oñaz, Rector administrador perpetuo de la iglesia parroquial de Señor Sebastian de Soreasu». En la apelación hecha por el demandante para la consecución de la Capellanía vacante por designación de don Domingo de Aramburu, aparece Fernando de Balda como único patrón de Sancta María la Real de Azcoitia, por concesión de los Reyes de Castilla. Juntamente se da una noticia curiosa sobre la distancia de Azpeitia a Pamplona «dizeocho legoas de montaña».

alusión referible a algún negocio que Don Pero mantenía en Roma. «Suplico a vuestra merced, escribía Huarte a Rena, que con persona de recabdo mande a enviar a el Rector de Azpeitia la carta que va con esta para el y con el primero se me enbie la respuesta della en todo caso por señas, que me cumple averia y no digo más» (70). Parecidas gestiones de familia un año antes pudieron una vez más mover a Iñigo a sumarse a la expedición del Duque.

La presencia del Virrey en Roma, la calidad de sus negocios que absorbían la actividad de Huarte, reflejada en su correspondencia a todo lo largo del año 1520 (71) con la aparición de criados y emisarios relevándose meses después (72) y ocupados en negociar simultáneamente para el Duque y para el Vicario General, hicieron que Juan Vallés pidiese a Rena retirase la preterición que sufría «porque quiero que en ausencia de v. m. conozca que ha de tener sus cosas por mas que propias, y así suplico a v. m. que para lo que en Roma se le offresciere, no se sirva de otro que de mi» (73).

En carta de 2 de abril de 1521 Huarte, junto con la confidencia del estado de las negociaciones agramontesas de Orbara y sus abogados —«fueron a bramar delante el papa diziendo que les hazia injusticia, en quitar el abadía de Urdax) al licenciado Orbara»—, anunciaba el resultado de alguna negociación del Duque de menor cuantía, como la dispensa concedida a Don Rodrigo Manrique para conmutar el oficio, por las horas de Nuestra Señora (74).

Dejando a un lado la denominación cuasi sibilina del «gentilhombre de Azpeitia», el viaje del Virrey de Navarra acompañado da parientes, los negocios de monta a lo largo de casi dos años y la frecuencia de sus mensajeros a Roma ofrecieron ocasión propicia a su valido para visitar sagradamente la Ciudad Eterna.

Las Comunidades de Castilla, en mayo de 1520, con su propagación hasta Nájera y Guipúzcoa ocuparon al Duque en la expugnación de su feudo en rebeldía. Unido una vez más a la

(70) RENA. Carpeta 104. Carta a Rena de Francisco Huarte. XI diciembre 1521.

(71) RENA. Carpeta 103. Carta de Huarte a Rena. 1 diciembre 1520.

(72) *Ibidem*. Folios 5 y 6.

(73) RENA. Carpeta 103. Carta de Juan Vallés a Rena. Año de 1520.

(74) RENA. Carpeta 103. Carta de Huarte a Rena. 2 abril 1521.

suerte del Virrey (75) Iñigo se halló en la lucha siendo uno de los primeros en dar el asalto (76) y retirarse a la hora del saco, uniendo su disgusto al pesar del Duque. Polanco decía: «De grande y noble ánimo liberal también dió muestra, especialmente cuando siguiendo al Duque, cuyo gentilhombre era, tomaron Nájera y la saquearon; que aunque el pudiera mucho tomar de la presa, le pareció caso de menos valer, y nunca cosa alguna quiso de toda ella» (77).

Simultáneamente las Comunidades, ramificándose en Guipúzcoa, abrían un nuevo frente junto a Navarra y dentro de la Capitanía General del Duque (78). La suspensión por la Regencia de las garantías forales y el nombramiento de Regidor de la Provincia a favor de Vázquez de Acuña, en el que veían un contrafuero las más de las villas, entre ellas Azpeitia y Azcoitia, desencadenaron una modesta guerra civil entre las Juntas de San Sebastián y de Hernani, haciendo periclitar la «defensión de Navarra».

La guipuzcoanía de Iñigo y su conocimiento de la provincia hicieron que el Duque le enviase a la pacificación de Guipúzcoa entre otras «personas de su casa», alejándole esta vez de las armas y de la campaña militar contra el Conde de Salvatierra (79), cuya derrota en la Puente de Durana el 12 de abril de 1521 vino a sumarse en el mismo día, con la data del Virrey del laudo arbitral de la pacificación de Guipúzcoa.

De la Puente de Durana regresaba victorioso el primogénito del Duque, Don Juan Manrique de Lara, cuando ya Iñigo había entendido con éxito en la pacificación de su país. Polanco, descubridor siempre de las intimidades y relaciones de Iñigo con el Virrey de Navarra, escribió: «También dió muestras en muchas ocasiones de ser ingenioso y prudente en las cosas del mundo, y de saber tratar los ánimos de los hombres, especialmente en acordar diferencias o discordias. Y una vez se señaló notablemente en esto, siendo enviado por el Visorrey a procurar de apa-

(75) «Apud quem Ignatius tunc versabatur.» POLANCO, «Chronicon», I, pág. 13.

(76) POLANCO «Chron.», I, pág. 13.

(77) POLANCO. «Sumario en Fontes Narrativi», I, pág. 155.

(78) Era el Capitán General de Guipúzcoa, por lo que extraña la apreciación de Leturia al negarle jurisdicción. «El Gentilhombre», pág. 117.

(79) En Alava no tenía jurisdicción el Duque, pero la provincia le pidió auxilio. Cfr. LANDAZURI, «Historia Civil de Alava», II, pág. 187.

ciguar la Provincia de Guipuzcoa que estaba muy discorde, y hubo tanto buen modo de proceder, que con mucha satisfacción de todas partes los dejó conformes» (80).

Un mes después de la data del laudo arbitral Iñigo se encontraba en Guipúzcoa, de donde acudió con su hermano Don Martín a la defensa de Pamplona.

Del trienio largo de la estancia de Iñigo en Pamplona, las actuaciones de Nájera, Guipúzcoa y la fortaleza denuncian la íntima solidaridad con el Duque. Los tres años se llenaron con las preocupaciones y afanes del Virrey, y su gentilhombre nunca parecía obrar por cuenta propia. Los largos intervalos desprovistos de relieve histórico se completarían con los ejercicios militares y con los azares de muchos desafíos e intrigas y juegos de espada. De los numerosos contendientes con quienes hizo chocar su espada «por causas de honor» a ninguno odió sin embargo, asegura Polanco (81). Tal era el héroe destinado a ser sacrificado sobre el ara de la fortaleza, cuyo porte y estampa de caballero, familiar a los ojos de Pamplona, se traducían «en sus bucles y cabellos largos caídos hasta los hombros y en sus vestidos escaqueados a dos colores» y en su aire incorregible de beamontés al tocarse con el «birrete colorado» (82). O, más conforme a su profesión militar, «armado de loriga, corazas, dardos, ballestas, y otros géneros de armas» (83).

III

LA DEFENSA DE LA FORTALEZA DE SANTIAGO

El tornaviaje que hizo de Flandes Pedro Vélez de Guevara denunciando los preparativos militares que Don Enrique de Labrit hacía en Francia y los movimientos de la artillería en Toulouse y Burdeos, no le sirvió al Duque de Nájera para obtener de los Gobernadores las ayudas tantas veces requeridas, ante el

(80) POLANCO. «Sumario en Fontes Narrativi», I, pág. 156.

(81) POLANCO. «Chronicon», pág. 13.

(52) ... «praedictus Enecus nunquam detulit tonsurarum forma et modo quibus supra, imo crines et capillos largos et longos usque ad humeros inclusive. Item vestes etiam bipartiti coloris scacatas, birretum coloratum ac ensem et alia arma». «Scripta», I, pág. 595. (Las descripciones del proceso se refieren al año 1515.)

(83) ... «consuevit incedere armatus lorica, toracibus, telis, ballistis, et omnibus aliis generibus armorum». *Ibídem*, pág. 592.

peligro de la invasión. Una vez más el Virrey de Navarra tropezaba en su camino con la fría figura del Condestable, quien mejor que nunca podía ocultar sus intenciones de desamparar al Duque detrás de la preferencia por una urgente represión de las Comunidades de Castilla.

El Virrey multiplicaba sus espías del lado de Francia, obteniendo de las mallas de su espionaje la ruidosa confidencia del mes de febrero, con la venida de Don Enrique al Bearne y el levantamiento de tropas en las tierras de Soule y de Labourd.

A sus espías era únicamente deudor el de Nájera, a los ágiles espías que corren por Tierra de Vascos, a los espías que fingen y mienten, oyen al escucho y sobornan de noche y rompiendo su disfraz tornan a Pamplona, llenando de temores al Duque. Hasta última hora se aguardó a recibir noticias de espías y las pisadas de los últimos en el mes de mayo se confundieron temerariamente con el paso y avanzada de los franceses. El libro de la Tesorería asignaba tres ducados «por lo que se dió a los espeas que la Ciudad inbiava ququando la armada francesa entraba en este Reyno» (84).

La defensa de Navarra se precipitaba hermosamente en un absurdo. La Comunidad de Toledo, principio y fin de las Comunidades, llamaba a Francia a través de Navarra, convidando a la invasión. En Pamplona trabajaban en este sentido algunos espías venidos de Toledo (85) y las célebres cartas tomadas en el botín de la batalla de Noáin, remitidas luego al Emperador, dieron fe de los manejos de toledanos, navarros y franceses (86).

El Condestable, omnipotente reprimiendo las Comunidades, no olvidaba sus rivalidades con el Virrey de Navarra; era gamboíno y por ende agramontés (87), alimentando en consecuencia última una secreta fruición por la suerte de la causa francoagramontesa en Navarra. El 7 de mayo remitía el asunto al Emperador: «...para la necesidad de nabarra se probee lo posible mas creo que sería más cierto remedio el que V.Mtd puede dar dende alla quel que daremos de aca porque si V.Mtd. está en paz

(84) Tesorería. Fol. 30.

(85) RENA. Leg. 172.

(86) BOISSONADE. «Histoire de la Réunion de la Navarre à la Castille», página 545.

(87) Aparte de las afinidades de oñacinos con beamonteses y de gamboínos con agramonteses, Garibay hace directamente al Condestable agramontés y al de Nájera beamontés. Cfr. GARIBAY. «Compendio Historial», III, lib. XXVIII, cap. I.

con el Rey de francia aquella es la verdadera seguridad y sy estais en guerra o lo pensays estar devria V.Mtd. hasermelo saber porque se probeyese lo de aca conforme a la necesidad de lo de allá» (88).

El almirante, en cambio, más preocupado por la suerte de Navarra, hacía su descargo en la misma fecha: «... direis a Su Mtd que por muchas postas quel duque de Najara nos a hecho hemos sabydo como estan en los confines de Navarra mucha gente francesa y con mucha artylleria y quel Reyno esta muy mal proveydo y aun creo que descontento de mal pagado que yo e trabajado todo lo que he podido en que se provea de jente y de dinero para las cosa necesarias y que hasta agora yo no he visto que se haga ninguna cosa de las que conviene que si daño huviere que su mt. me tenga por disculpado, quel Cardenal es testigo de lo que yo he trabajado en esto» (89).

Las dilaciones y la desorientación del ambiente llegaban a inculpar al Emperador: «... algunos creen que S. M. está concertado con los Franceses... si asi es bien sería avissar por escussar muertes i si es otra cossa digo que se provee mui mal i mui a la larga y que temo que se a de perder» (90). En Tordesillas decían claramente que era el Emperador el «valedor» ante el Rey de Francia, para «ganar el reino al Rey de Navarra» (91).

El Duque de Nájera enviaba «postas cada día» en vano. Se deliberaba todavía el 11 de mayo sobre la preferencia de atender a Toledo sobre Navarra. En la frontera de Navarra se contaban ya «mil quinientos de cavallo y deziocho mil infantes en los quales ha ocho mil alemanes y el resto dellos son franceses y que a mas desto tienen veynte seys piezas de artillería gruesa...» (92).

En la fortaleza de Pamplona no había pan ni dinero (93). Estaban 250 veteranos malhumorados por el retraso de pagas. Era toda la fuerza que opondría el Duque a la ciudad, de la que no supo «lo que haría si viese al hijo del Rey Don Juan señor del campo» (94).

Morosamente los Gobernadores comenzaron a atender, en

(88) DANVILA. «Historia de las Comunidades», IV, pág. 13.

(89) DANVILA. IV, pág. 15.

(90) Ibídem, págs. 20, 21, 22.

(91) Ibídem, pág. 30.

(92) Ibídem, pág. 30.

(93) DANVILA. IV, pág. 26.

(94) BOISSONADE, págs. 665, 666.

apariencia, las súplicas del Virrey. Expedieron cartas, reclamando las piezas de artillería extraídas con anterioridad de Navarra, junto con otras municiones. Al Marqués de Denia pedían un falconete traído antes por el comandante Herrera (95). A Pero Sánchez de Alcayaga, mayordomo de la artillería de Fuenterrabía, dos mil picas y ocho quintales de azufre (96), y a la ciudad de Burgos, treinta quintales de pólvora y diez quintales de salitre (97). Las cédulas, firmadas por los Gobernadores el 7 de mayo de 1521 en la villa de Coca, difícilmente llegarían a socorrer a Navarra. Como última provisión se dió licencia a Herrera para reintegrarse a la fortaleza: «...el alcaide Herrera, que estaba con el Condestable, vino en postas y se metió en ella» (98).

Días más tarde las fechas se precipitan, componiendo vertiginosamente un diario de operaciones. El 15 de mayo sucumbía la fortaleza de San Juan de Pie del Puerto. El 16, Sangüesa, Cáseda y Gallipienzo «se declararon por el Rey Don Enrique» y la vanguardia del ejército francés acampaba a media legua de Pamplona. El 17 escribía Miguel de Añués: «El Señor Duque de Nájera ha huido de Pamplona...; tendrá que agradecer a Dios si llega a Castilla» (99). Para el día 18 se anunciaba el grueso del ejército en Pamplona «y se dice que los franceses no tendrán necesidad de quitarse las espuelas para tomar la fortaleza» (100).

La marcha precipitada del Duque dejó tras de sí un revuelo de opiniones. Para unos era la fuga; para otros, la gestión personal ante los Gobernadores. El Virrey cedió el mando a Don Francés de Beaumont (101) y a sus órdenes dejó a Iñigo de Lo-

(95) RENA. Carpeta 103.

(96) *Ibidem*.

(97) RENA. Carpeta 107.

(98) DANVILA. IV, pág. 47.

(99) CROS. «Saint François de Xavier. Sa vie et ses lettres», I, pág. 84. La fecha incontrovertible la verificamos en Polanco y Garibay.

(100) *Ibidem*.

(101) Alrededor de este personaje se reúnen varias dificultades. Boissonade afirma que fué Pedro de Beaumont quien recibió el mando de manos del Duque. Pérez Goyena, en «Iñigo de Loyola, en Pamplona», págs. 220, 221, hace notar la ausencia de Don Francés en Pamplona por esos días, deduciéndola de la documentación de Campión y de la relación de Alesón. Nada más exacto, pero la ausencia de Don Francés no está en pugna con la efímera posesión de mando a la que siguió la fuga. La presencia de Charles de Artieda, según la da Alesón y la probaremos más abajo, tampoco contradice al breve mando de Don Francés, pudiendo ser posterior a su defección. Ni el «silencio» en la relación de méritos de Don Francés que recogió Danvila es una **objección definitiva**, ya que el supuesto mando de Pamplona no constituyó un mérito, sino un demérito.

yola «para que hiciese lo que le encargase» (102) y «procurara traer refuerzos de Guipúzcoa» (103).

El día 18 fué día de agitación en Pamplona: la ciudad, «dueña de simisma», trabajaba por entregarse. De víspera fué avisado el Duque, antes de partir, «que en la ciudad andaban recios vientos contrarios a su defensión»; no sólo los agramonteses, también los beamonteses se volvían del lado de Don Enrique» (104).

Aquellos vientos, de los cuales repetía el Duque: «...como en la ciudad andaban grandes vientos», desataron «un recio alboroto» contra la gente de armas de la fortaleza, facilitando la manera de introducir a los franceses (105). Tal vez el «recio alboroto» y el litigio de competencias y mandos fueron una misma cosa. Aparentemente el Concejo de Pamplona se preparaba para la defensa. «... y al tiempo que Asparros con el exercito frances vino a ocupar este Reyno, un Regidor de la dicha ciudad y jun-

(102) POLANCO. «Sumario en Fontes Narrativi», I, pág. 155.

(103) LETURIA. «El Gentilhombre», pág. 124. Deducción de Leturia sobre los textos de Nadal.

De ambos textos y situaciones, el encargo de subordinarse a Don Francés, según Polanco y el reclutamiento de tropas auxiliares, según Nadal, surge una doble contradicción en la consecución de tiempo de los hechos narrados.

a) El encargo de ponerse a las órdenes de Don Francés contradice al reclutamiento en Guipúzcoa, ya que el día 17 se daría tal encargo de subordinación y el día 18 se le encuentra a Iñigo con su hermano acaudillando las tropas guipuzcoanas, realizando un viaje de ida y vuelta, con el alistamiento y conducción de soldados en el increíble espacio de tiempo de 24 horas.

b) La situación descrita por Polanco de la desertión de Don Francés y entrada de Iñigo en la fortaleza, reaviva más la contradicción, pues a la falta de tiempo se añade la dificultad de entrarse en la fortaleza, salirse y marchar a Guipúzcoa. Tal contradicción bien la hizo notar Pérez Goyena (pág. 223) en su deseo de buscar mayores certidumbres.

Antes que nadie Leturia se propuso la dificultad de armonizar ambas situaciones pretendiendo una conciliación. «Pudo decirse que el Duque dejara en Pamplona a Ignacio por Haberle dado orden urgente de acudir a ella y tener noticia de que estaba en efecto llegando...», cfr. Un rasgo inédito sobre San Ignacio en Pamplona. Revista «Agere». San Sebastián, mayo, 1926.

(104) Así lo afirma LETURIA. «El Gentilhombre», pág. 122, y se puede probar con el testimonio de Garibay «no sólo se juntaron los agramonteses de quienes, no había tanto que dudar, mas aun muchos beamonteses passando los Pirineos, le salieron a recibir a tierra de Vascos. Compendio Historial, III, lib. XXX, cap. IV.

(105) La identificación de los vientos contrarios a la defensión con el litigio de competencias la insinuó Leturia, pág. 125. Obsérvese a mayor abundamiento el paralelismo de las narraciones de Nadal y del Duque. Como en la ciudad andaban grandes vientos... movieron un recio alboroto contra la gente de guerra —Gravi dissensione orta inter milites et cives—. Explica luego Nadal la disensión diciendo: «cura illi contenderent sibi tradi totam urbis et belli administrationem, hi constanter negarent».

José María Recondo, S. J.

tamente con el apposentador del exercito apposento en ella a toda la gente que vino a la deffender» (106).

El Concejo de Pamplona reclamaba el mando supremo de la defensa, Don Francés y la gente de guerra se negaban a ello. No era una puntillosa cuestión de preeminencias. Era dudosa la intención del Concejo, a juicio del Virrey, para quien el alboroto fué encauzado por los ciudadanos para abrir las puertas al francés. En ese momento sencillamente caótico descabalgaban los Loyolas a las puertas de Pamplona, acaudillando las tropas de refuerzo de Guipúzcoa (107).

Vino Don Martín como jefe de un «ejército» calificado como «no despreciable»; con él llegó Iñigo. La ciudad se hallaba cerrada, sin duda por razón del alboroto y por la proximidad del ejército francés. Los Loyolas quedaron extramuros, posiblemente hacia la puerta de San Lorenzo, y descubriendo la «desesperada situación» de la defensa, tendieron un diálogo lleno de ansiedad con el interior. Ante la pugna entre la ciudad y la fortaleza pudieron parlamentar los Loyolas recabando el mando de la ciudad. Esta reclamación de Don Martín se hacía razonable; era el producto obligado de una previsión de garantías, ante lo desesperado de la situación (108). Iñigo sería el portavoz de su hermano mayor. De la animosidad con que los Loyola parlamentaban en las murallas escribió Nadal: «Viendo que la situación era desesperada, exigieron insistentemente —contendunt enixe— de los que mandaban en la ciudad que se les concediese el mando; ellos se comprometían a defenderla» (109).

La negativa del Concejo y de Don Francés colmaron las iras de Don Martín, «que lo sufrió tan amargamente y con tal enojo —acerbe et infense— que ni siquiera quiso entrar en la ciudad y se alejó con sus tropas».

(106) Rena, Carpeta 35.

(107) «Quum autem obsidenda esset regia urbs Pamplona, et in illius subsidium venisset cum militum manu non contemnenda frater Ignatii primogenitus, et Ignatius ipse, ac rem fere comperissent desperatam; contendunt enixe ab his qui urbem obtinebant, ut sibi praefectura urbis concederetur, se illam esse defensuros confirmant. Hoc cum non obtinerent, tam acerbe tulit et infense Ignatii frater, ut ne urbem quidem vellet ingredi, et continuo cum milite discederet. «Nadal. Apología. Montes Narrativi», II, 63.

(108) La pretensión de Don Martín más parece razonable que ambiciosa. La narración de Nadal afirma el nexo entre la desesperada situación y la exigencia de mando.

(109) Las tropas auxiliares de Guipúzcoa «no despreciables», parece eran suficientes para defender cuando menos la fortaleza.

Iñigo, en cambio, continúa Nadal, «juzgando cosa ignominiosa el retirarse, movido de grandeza de ánimo y de ambición de gloria, en esta situación difícilísima, dejando a su hermano y espoleando el caballo se introdujo en la ciudad, siguiéndole unos pocos caballeros» (110).

Ante los ojos de Iñigo se pintaba la deserción de sus jefes. En el mismo día posiblemente y puesto a las órdenes de Don Francés de Beaumont, conoció los planes de su nuevo señor, de «salirse de la ciudad, por no le parecer que podría resistir a la fuerza de los franceses, tubiendo también sospecha de los mismos de Pamplona» (111). Entonces Iñigo, por segunda vez «avergonzándose de salir porque no pareciese huir no quiso seguirle, antes se entró delante de los que se iban en la fortaleza para defenderla con pocos que en ella estaban» (112).

Pocas palabras tan consagradas por el lenguaje de la guerra en aquellos apurados años como las de «entrarse» y «salir» a la hora del cerco de una ciudad. Iñigo «se entró» en la ciudad primero y luego en la fortaleza, reprimiendo con sus pasos la deserción al descubierto, «delante de los que se iban», y trazando el largo camino del honor que corría desde la ciudad a la fortaleza por el breve tramo del puente levadizo, en uno de cuyos extremos solía radicar inmóvil el bulto de Johan de Sagüés, guardián y portero del Castillo Nuevo» (113).

La sedición de la ciudad, calificada de «disensión», de «recio alboroto» o de «vientos» encaminados a «tener más color de meter en ella a los contrarios», había logrado, con el pretexto de un litigio sobre mandos, la desavenencia necesaria para desarticular las fuerzas de la resistencia, hasta debilitarlas y recluirlas en la fortaleza, cediendo el paso franco a la invasión (114). De resultas de la gran disensión quedaron desplazados el Virrey (115), Don Martín de Loyola y Don Francés de Beaumont (115) y la gente de guerra confinada en la fortaleza (116).

(110) NADAL. «Apología». *Fontes Narrativi*, II, pág. 63.

(111) POLANCO. «Sumario. *Fontes Narrativi*», I, pág. 155.

(112) *Ibidem*.

(113) *Tesorería*, fol. 43.

(114) «fui avisado que en la ciudad andaban recios vientos perjudiciales a su defensión. Por donde me convino dejando el mejor partido que pude partirme por las postas...». Texto en Pérez Arregui. «San Ignacio en Azpeitia», págs. 82, 83.

(115) Cfr. textos antes citados.

(116) «...y como no eran parte para lo juzgar hubieron de salir allá». Pérez Arregui, pág. 83.

Entonces se enseñoreó de la ciudad la facción franco-agromontesa, y el pueblo derribó los escudos de España y saqueó la casa abandonada del Virrey. En pocas horas los salones y estancias de Don Antonio Manrique de Lara, abiertos al pillaje, perdieron la suntuosidad y el refinamiento de sus tesoros. Por una rica colección de tazas y tazones de oro y plata, preciosamente evaluada, sufría deudas el Duque (117). Entre ellas, tal vez, con melodioso estrépito rodaron las «dos tazas doradas grandes» empuñadas algún tiempo antes por Micer Juan Rena (118). La profanación del Palacio Virreinal, mancillado por el paso ebrio de una muchedumbre tiznada de vino y grasa, se manifiesta en el Libro de la Tesorería, por el cuidado con que embellecían y limpiaban de antiguo la casa hasta «doce personas» pulcras a las órdenes de Juan de Ilzarbe.

Salvando el puente levadizo Iñigo había entrado en la fortaleza acompañado de unos pocos caballeros, contándose entre ellos un rival suyo en los desafíos (119). Pronto se echó de ver la falta de sujetos en derredor; precisamente no estaba ahora Juan Rena, que se hallaba meneando la artillería de Castilla, camino de Navarra (120), y otros castellanos alegando fútiles motivos seguían abandonando la ciudad. Con la misma fecha del sospechoso día 18 de mayo marchó a Segovia el pagador Antonio de Villalobos, cargado de libranzas de su pagaduría (121).

Llegada la noche del 18 al 19 de mayo, víspera de la solemnidad religiosa de la Pascua de Pentecostés, en la fortaleza se vigilaron las velas con pífanos y tambores y se haría la ronda más clamorosa, mientras en sus concavidades la gente de armas, en inquietante duermevela, aguardaría con pesimismo las deliberaciones de sus jefes, congregados en el aposento del Alcaide. «Y después tratándose entre los de la misma fortaleza de darla a los contrarios, por no poder defenderla...», refiere Polanco (122) que Iñigo, cuando le llegó el turno de hablar, «habiendo dicho los

(117). Rena. Leg. 172. Gastos de tazas de plata.

(118) Rena. Carpeta 104. Relación de las personas en cuyo poder están las. XII tazas de plata mías» 1519, «las dos doradas grandes estan en poder del duque de najera».

(119) POLANCO. «Chronicon», I, pág. 12.

(120) DANVILA, IV, pág. 15.

(121) Rena. Leg. 172. Libro de la Quenta de Micer Juan Rena. Cuenta de Villalobos.

(122) POLANCO. «Sumario en Fuentes Narrativi., I, pág. 155.

que antes del dijeron su parecer que sería bien entregar el casti-
llo... dió por parecer que en ninguna manera, sino que le defen-
diesen o muriesen» (123).

Era manifiesta la intención de entregarse, no sólo de los je-
fes que hablaron antes de Iñiño, sino de todos los llamados a deli-
berar, «... siendo todos de parecer que se diesen, salvas las vidas,
por ver claramente que no se podían defender». Miguel de He-
rrera vió entonces delante de sí a Loyola, puesto en pie, dirigién-
dole su palabra y ademán con un aguerrido discurso —acrimonia
orationis (124)—, cuyo texto, inédito a la Historia, se perdió en
el silencio y secreto de la reunión. Sus argumentos defendieron
que «la esperanza había que ponerla en el valor» y exhortaba a
«luchar valerosamente por el Rey, el honor y la gloria» (125). Los
efectos de la arenga de Iñiño, más positivos en el ánimo de He-
rrera, «él dió tantas razones al alcaide que todavía lo persuadió
a defenderse», alcanzaron también a los demás caballeros, «los
cuales se conhortaban con su ánimo y esfuerzo» (126). Las deli-
beraciones de los capitanes habían terminado por aquel día con
el sangriento epifonema que Iñiño pusiera a sus palabras: «... an-
tes morir en la lucha que entregar la fortaleza» (127).

El día 19 se mantenía inquebrantable la decisión de luchar
en la fortaleza, conociéndola el Concejo, que buscaba, con He-
rrera, el modo de no dañar a la ciudad con la artillería. Para ello
de los cuatro lienzos de la fortaleza, el que daba a la ciudad, sería
excluido prácticamente de la «ofensa» y «defensa», buscándose
previamente de los franceses el acuerdo de no atacar por el fre-
nte de la ciudad. Miguel de Herrera accedió a la petición del Con-
cejo, a condición de que guardasen su palabra los franceses. Era,
pues, firme hasta este momento el propósito de defender la for-
taleza contra el francés, sin perjuicio de la ciudad, normalmente
prendida entre dos fuegos (128).

Poco después capitulaba el Concejo en Villaba (129), tras
una brillante marcha de vistosa comitiva desde Pamplona

(123) Ibidem.

(124) NADAL. «Dialogi. Fontes Narrativi», II, pág. 232.

(125) NADAL. «Apología. Fontes Narrativi», II, pág. 64.

(126) Acta P. Ignatti. «Fontes Narrativi», I, pág. 364.

(127) POLANCO. «De Vita P. Ignatti. Fontes Narrativi», II, pág. 515.

(128) BOISSONADE, pág. 549.

(129) Villava cabe Pamplona, llamada antiguamente Villanueva, por lo que
Boissonade confundió esta localidad con Villanueva de Araquil. Boissonade, pág. 548

al campo francés. Iba en cabeza de todos el Capitán Charles de Artieda, Señor de Orcoyen (130), cuyos pasados servicios al Rey Católico servían de escudo al Concejo para tramitar ahora la capitulación, con ciertos visos de lealtad. Entre el juramento de fidelidad, emitido días antes por los habitantes de Pamplona, «fieles siempre al Emperador» (131) y la capitulación del 19 de mayo con la proclamación del Rey Don Enrique, cabalgaba el Contino de Fernando el Católico, sostenido por la inefable disculpa con que hacía su descargo la ciudad: la imposibilidad de la defensa. «Y los vecinos y naturales della, viéndose desamparados de socorro y que no se podían defender, de temor de ser saqueados salieron al camino a dar la cibdad a los franceses...» (132). Sólo por vía de donaire se pudo sufrir con paciencia la recíproca manera con que se excusaban a última hora ejército y concejo. Mientras los jefes militares huían alegando la inseguridad del pueblo, éste se lamentaba del abandono en que aquéllos le habían sumido.

Charles de Artieda quedó definitivamente incorporado a la jornada de la capitulación conduciendo a expensas suyas con algún ostentamiento a los habitantes de Pamplona, por lo que fué indemnizado por el equitativo tesorero general, quien al redactar su libranza trasmudó de oficio, convirtiéndola en abreviada crónica del suceso. «Item libre a Charles de Artieda por lo que el gasto de lo suyo quando fue al campo con la gente de la ciudad a mossen de asparros dize nueve libras quatro sueldos como parece por cedula dada a XXII de agosto» (133).

En la casa de Atarrabía de Villaba de Nuestra Señora de Roncesvalles deliberaron sobre la capitulación el General Asparros, el Marqués de Santa Coloma, el Alcalde de la ciudad, «doctor de Goyni», Antón de Aguerre, cabdevant del Burgo, Vernal de Eguía, cabdevant de la población, Johan Périz de mutilloa, cabdevant de la navarrería, y los Regidores Rodrigo de Echarri, Martín de Larraya. Johan de Gúrpide, Miguel de Verut, Martín de Aynorbe, Johan de Arráyo y Johan de Orbayceta (134) y «otras per-

(130) Afirmaron habersele concedido el mando, Aleson y Yanguas Miranda.

(131) ALESON.

(132) Pero Mexía. Historia del Emperador Carlos V. Lib. III, cap. I. Parecida explicación da Alesón.

(133) Tesorería, fol. 133.

(134) Ibidem. fol. 26.

sonas principales de la dicha villa en gran número». La entrevista debió de llenar gran parte del día, ya que Sancho de Irurita y Petri de Saldías, como nuncios del Concejo, anduvieron a cargo de la comida del «Alcalde y Regidores y otros vecinos», costeando los gastos, y llevando el recado de paja y cebada para las caballerías (135).

Con sagrado énfasis se encabezaron las capitulaciones en estilo neumático. «In Dei nomine. Amen. Sepan todos los que las presentes verán cómo en el año de 1521, el día 19 del mes de mayo, fiesta de Pentecostés, en la cual la clemencia y la bondad de Dios operaron tan grandes maravillas, plugo a este mismo Dios que había querido llenar de luces celestiales y elevar a la perfección a sus apóstoles y a sus amigos enviándoles el Espíritu Santo y sus gracias, enviarnos en semejante día, por medio del Rey Cristianísimo de Francia, mensajeros de salvación que de la cautividad, de la servidumbre en que nosotros y todo el Reyno de Navarra habíamos caído, nos han restaurado en nuestra antigua franqueza y libertad» (136).

Se siguieron los juramentos, haciéndolo primero don Andrés de Foix, Señor de Asparros, y lugarteniente del Rey Don Enrique, puestas las manos sobre el signo de la Cruz y sobre los Santos Evangelios, comprometiéndose a guardar y mantener «los fueros, libertades, privilegios, usos y costumbres, tales como las guardaron el Rey Don Juan y la Reina Doña Catalina».

A continuación el Alcalde, los jurados y diputados de Pamplona, de hinojos ante los Evangelios, que los sostenía, solemne, el de Foix, prometieron y juraron «ser buenos, leales y fieles súbditos, de dicho Rey Enrique Nuestro Soberano Señor y guardar y defender su real persona con y contra todas las personas del mundo».

Como primer acto de obediencia y fidelidad los ciudadanos ofrecieron la «entrada de la ciudad», acompañando la oferta con la entrega de las llaves, y a petición suya, el Marqués de Santa Coloma se aprestó a entrar con cuantos soldados quiso. La capitulación se había consumado: Pamplona vitoreaba el paso triun-

(135) Item libre a Sancho de Irurita y Petri de Saldías, nuncios por lo que ellos suplieron al otro día que mossen de Asparros lleguo en Villaba a los alle regidores y otros vecinos que se aliaron en dar de comer en paja y cebada y otras cosas necesarias...». Tesorería, fol. 26.

(136) Cros. Documents Nouveaux, I, pág. 199.

fal de dos banderas de franceses. «... ya dos vanderas dellos entraron el domingo passado en pamplona...» (137).

Al día siguiente de mañana se movió el campo francés con el acostumbrado estruendo de armas y el oleaje de colores de tiendas, pabellones y banderas, haciendo la entrada en Pamplona a las órdenes de Andrés de Foix. Desde la fortaleza pudieron contemplar el movimiento de los franceses que ocupaban impunemente la ciudad, asentándose en las murallas y otras alturas dominantes a la misma fortaleza. En este momento Herrera, con ánimo de resistir, colérico, «requirió a la ciudad que echasen fuera a los enemigos; si no les haría todo el daño que pudiese».

Antes de comenzar a jugar la artillería, Andrés de Foix y Santa Coloma intimaron la rendición a los de la fortaleza (138). La intimación ofreció ocasión para que los jefes franceses llamasen a Herrera a conferenciar con la intención de llegar a un acuerdo. Herrera salió del Castillo a la entrevista y llevó consigo a tres acompañantes, entre los cuales se hallaba Iñigo. A juicio de los franceses se les ofrecía a los sitiados «un pacto honroso» (139), pero cuyas condiciones básicas, hoy desconocidas, parecieron a Iñigo «poco honrosas», y todo el pacto, «vergonzoso», por lo cual disuadió a sus compañeros y les impelió a empuñar las armas. En el curso de la conferencia, el derroche de gallardía del gentilhombre no se perdió a la mirada de Asparros, quien posiblemente a través de sus recuerdos personales pudo reconocer y observar al antiguo paje de Doña Germana de Foix, en los días de Arévalo (140). De algún modo bien quisto, Iñigo escuchó del generalísimo francés la tentadora invitación y el buen aviso de no tornar a la fortaleza (141).

Había llegado el momento tan temido y codiciado. Iñigo de Loyola entre las defecciones de su hermano Don Martín, de Don Francés y los titubeos de Herrera y sus compañeros había conducido su resolución ejemplar hasta clavarla allí en un punto sublime, situado en lo alto del almenaje de la Fortaleza Mayor de Santiago. Un silencio de expectación como el que preludia las más dramáticas situaciones, presto a quebrarse en el día-

(137) DANVILA, IV, pág. 30.

(138) BOISSONADE, pág. 549.

(139) POLANCO. «De Vita P. Ignatti en Fontes Narrativi», II, pág. 516.

(140) Hipótesis apuntada por Leturia. «El Gentilhombre», pág. 130.

(141) Araoz en Scripta, I, pág. 726.

logo de los cañones, envolvía ya a la fortaleza en una pausa misteriosa y feliz.

Pero antes todavía, Iñigo, midiendo el peligro de su vida temporal y eterna, llamó a un compañero de armas y, según uso medieval, se confesó con él. Treinta y tres años más tarde era el propio San Ignacio quien recordaba con exactitud el hecho. «Y venido el día que se esperaba la batería, él se confesó con uno de aquellos sus compañeros de armas» (142). De su confesión serían un eco las palabras de Polanco. «Aunque era aficionado a la fe no vivía nada conforme a ella ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y en cosas de mujeres, y en revueltas y cosas de armas, pero esto era por vicio de costumbre» (143). Ni sólo preparó su alma con aquel acto de penitencia. Tenía el gentilhomme la vieja costumbre de invocar y componer oraciones a Nuestra Señora «cuando se desafiaba» (144) y en esta ocasión la proximidad de la Capilla de Nuestra Señora del Pilar atraería su oración por unos instantes.

La batalla había comenzado con todo su grandioso horror. Era la guerra. La artillería francesa, contraviniendo los designios del Concejo, había situado sus piezas al lado de la ciudad. En tal cruel postura las bombardas, culebrinas, los falconetes, los sacres y los ribadoquines rugían huecamente con sordo rebufo. Nubes de humo, violentos resplandores con fagonazos de oro, volaron sobre las almenas. Herrera no se intimidó por tener que enfilear su artillería a la ciudad, «haciéndoles mucho estrago» (145). Desmanteló el frente de casas, próximo a la fortaleza y redujo a cenizas las viviendas del maestre herrador Miguel, rompiéndole los muebles y sangrándole el vino de la bodega (146). A dos puntos de la fortaleza dirigieron especialmente sus fuegos los sitiadores. Castigaron la puerta de la fortaleza y jugaron por alto descoronando las almenas. Posiblemente bombardearon también sañudamente el lienzo del poniente, desde la torre de San Nicolás «torre muy alta y muy fuerte y muy grande», dominando

(142) Acta P. Ignatii. «Pontes Narrativi, I, pág. 364.

(143) POLANCO. «Sumario. Fontes Narrativi», I, pág. 154.

(144) Scripta. I, pág. 726.

(145) Testimonio del Duque de Nájera en Pérez Arregui, pág. 84.

(146) Tesorería, fol. 96. En otros documentos parece que se trata de una demolición anterior al bombardeo, no así los daños de mueblaje, cubaje y vino. Rena. Carpeta 130.

con ventaja la altura de la fortaleza (147). Mayor impresión causaría aún en el ánimo de los sitiados el verse combatidos por sus propias armas, cuando comprobaron que los franceses se habían adueñado de la artillería y pólvora almacenada en el Palacio Viejo, inesperadamente destinada a batir ahora la fortaleza (148). Ante la abrumadora superioridad del sitiador los defensores experimentaron deseos de rendirse. Parece advertirse a través de Polanco un conato de rendición desbaratado por la ejemplar oposición del gentilhomme «... con su ejemplo y con animar los otros que allí estaban, hizo que no se rendiesen...» (149).

Iñigo de Loyola se hallaba entre los primeros —inter primos propugnatores (150)—, se señalaban también Alonso de San Pedro y Pascoal de Lecaun, criado de Rena (151). En las filas francesas se producían algunos claros, alrededor de las primeras bajas. En la fortaleza menudeaban los heridos, criados del Duque, según testimonio de Huarte «porque me dizen que fueron muchos feridos» (152). Rodó también vulnerado el Mayordomo de artillería, Alonso de San Pedro (153). Saltan luego con furia las puertas y revientan los muros dejando entreabierto una brecha al asalto. «Jugó tanto la artillería que fácilmente rompió los muros que no eran entonces muy fuertes» (154). Acuden los castellanos a los reparos tapiando la entrada con sus cuerpos y amon-

(147) La ventaja de posición dominante de la torre de San Nicolás determinó a Rena años más tarde a recortar su altura. Cfr. Idoate, pág. 12.

(148) «...las municiones que había en el palacio viejo, así artillería como pólvora y se aprovecharon de ello (los franceses) y batieron la fortaleza con ellas». Cfr. Idoate.

(149) POLANCO. «Informatio. Fontes Narrativi», II, pág. 307.

(150) NADAL. «Adhortationes Fontes Narrativi», II, pág. 404.

(151) Rena. Carpeta 43.

(152) Rena. Carpeta 103.

(153) Publicamos aquí por vez primera los documentos referentes a la herida de Alonso de San Pedro, del primero de los cuales tuvo noticia Leturia en el fondo Cros. «El Gentilhombre», pág. 132. «A Alonso de San Pedro mayordomo de la artillería de Navarra quatro mil e quinientos maravedises de los cuales Su Mgt'd. le hizo merced pa ayuda a se curar de la herida que rescibio en la defensa de la fortaleza de pamplona por cedula de Su Magestad fecha a XXIX de jullio de 1521 años». Rena, Leg. 172. Gastos extraordinarios, V pliegos.

«...yo vos mando que de cualesquier maravedís de vuestro cargo deys e pagueys a Alonso de San Pedro mayordomo de nuestra artillería y munición deste nuestro reyno de Navarra doze ducados de oro de que yo le hago merced pa ayuda a se curar de la herida que rescibio en defensa de la fortaleza desta cibdad de pamplona y tomad su carta de pago con la qual y con esta mi cedula mando que os sean recibidos en quenta los dichos doze ducados...». Cédula de Carlos V, 29 de julio de 1521. Rena. Carpeta 131.

(154) POLANCO. Chronicon., I, pág. 12.

tonando tierra y fagina, según uso de guerra. A partir del destrozado de muros la lucha se vuelve más difícil. Iñigo perseveraba «todavía en hacer su deber en tanto que podía». Pero cuando las agujas del «reloje de San Cernin» que cuida Maestre Gil de Guenduláin (155) cuentan seis horas (156) de agonía la fortaleza se halla próxima a rendirse. Después de «medio día» de lucha según otro cálculo del Condestable (157) llegó el ocaso derribando en un charco de grana la sagrada figura del héroe.

Según Garibay tiraron a lo alto donde Iñigo «sucedió estar una pieza de artillería, cuya bala dando en una piedra de la muralla, la sacó con tal furia, que rompiéndole la una pierna y maltratándole la otra cayó del castillo abaxo» (158). La pelota de bronce (159) de una bombardarda según Polanco «le quebró la pierna derecha en muchas partes quedándole también herida la izquierda probablemente por las piedras arrancadas por la bombardarda».

«Cayendo él, confesó Ignacio en 1553, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses» (160). Al grito de Francia, Francia «alzaron tres veces seña de rendidos y tras esto descerrajaron las puertas para salirse y meter a los franceses» (161). Se siguieron las negociaciones de Herrera, obteniendo de momento (162) salvadas las vidas, salida libre y las armas y bagajes personales, haciendo entrega de los víveres y municiones de guerra. Con todo, cuando los rendidos abandonaron la fortaleza, los soldados de la infantería francesa, irritados por las pérdidas de varios de sus compañeros, cargaron ferozmente matando y desvalijando. Andrés de Foix hubo de lanzar su caballería para atajar el mal y puso a salvo a los castellanos. Las hostilidades y encarnizamiento habían hecho peligrar las vidas de los rendidos. Noblemente había intercedido por sus adversarios Pedro de Peralta. Junto a

(155) Tesorería, fol. 128.

(156) Añués en Cros, pág. 85. «...après six heures d'horloge que dura le siège...»

(157) DANVILA, IV, pág. 138. El cómputo de tres días de sitio tiene a Pero Mexía por autor, haciéndose eco Sandoval y Boissonade. Hay que notar en este caso con Costes que la obra de Mexía elaborada en Sevilla consuetudinariamente, quedaba lejos de las fuentes de Navarra.

(158) LAINEZ. «Fontes Narrativi».

(159) Mon. Ign. Series IV, II.

(160) Acta P. Ignatii. «Fontes Narrativi», I, pág. 366.

(161) De la tendenciosa relación del Condestable parece debe aprovecharse este dato descriptivo del momento de la rendición. Danvila, IV, pág. 183.

(162) BOISSONADE, pág. 550.

él encontraríamos quizá mezclado en este acto de clemencia a Miguel de Xavier, por aquellos días conmitón del hijo del Mariscal de Navarra (163).

Los vencedores consecuentes con la invitación anterior del Generalísimo Asparros a Iñigo de Loyola le «buscaron con diligencia» (164), hallándole tendido en el suelo. «Medio muerto», con los jarretes lastimados, no parece probable que el herido hubiese caído de lo alto de la fortaleza descalabrándose en el fondo del foso, como dió a entender Garibay y explícitamente sostuvo Alesón (165). Los franceses «le llevaron a la ciudad (porque era muy conocido de muchos)» (166). Este recorrido desandando las murallas y calles de la ciudad terminó en las puertas de un aposento incierto, sito tal vez en el Bastión de la Enfermería (167) o en la habitual estancia del gentilhombre. El alojamiento no era fácil en aquella hora. Había Hospitales como el de la Cofradía de los Labradores (168), el Hospital de Sanctis (169), el Hospital de San Salvador tras la Iglesia de San Cernin (170) y el Hospital del Ejército (171) destinado a albergar las enfermedades y heridas de los pobres (172). Ni tampoco las

(163) Revista «Príncipe de Viana», números XLVIII y XLIX, 1952, pág. 473.

(164) Anónimo en «Fontes Narrativi», II, pág. 420.

(165) En las curaciones del enfermo no hay huellas de tal descalabro. Garibay dice: ... «cayó del castillo abaxo». «Compendio Historial», III, cap. IV. — Alesón: ... «cayó impetuosamente en el foso, donde poco después le hallaron casi muerto de los golpes y de la caída». «Anales», VII, pág. 400. Igual caída en el foso, siguiendo a Alesón, señalaron Yanguas y Miranda y Ascunce... Subrayó Alesón esta caída al foso con la descripción de la empresa esculpida en el pedestal de la estatua de San Ignacio de la Real Basílica de Pamplona. «El cuerpo de esta empresa es una planta de trigo muy lozana y bien espigada, cuyo deshecho grano cae en tierra; y el alma de la empresa consiste en esta letra tomada del Evangelio: «Cadens in terra multum fructum affert». Alesón. «Anales», VII, pág. 414. Pudo inducir a Alesón, aparte del texto de Garibay, la participación que tuvo en las obras de construcción de la Real Basílica. La obra iniciada en el lugar de la herida, certificado por la tradición y el arco de la Vetus Inscriptio, tropezó con la aparición del antiguo foso. Alesón empleó en tal obra su sueldo de cronista de Navarra y se consumió el total de la cantidad destinada para el resto de la obra. Con exageración bética se referían desde Sevilla a los gastos de la cimentación de la Basílica, cuya profundidad medía la altura de la Giralda (Cfr. ASCUNCE, pág. 93.)

(166) POLANCO. «Sumario Pontes Narrativi», pág. 157.

(167) RENA. Leg. 172.

(168) *Ibidem*.

(169) Tesorería. Fol. 8.

(170) JUAN ALBIZU. «Catálogo General del Archivo de la Parroquia de San Saturnino», pág. 84.

(171) RENA. Carpeta 121.

(172) Hay referencias en el fondo, RENA, de soldados procedentes de la batalla, de Noáin y hospitalizados en calidad de heridos pobres.

tiendas de los franceses eran el lugar más acogedor para la curación del herido; allí andaban regocijados del triunfo y de la vuelta del destierro el licenciado Orbara y el doctor Goñi, comiendo y bebiendo y despachando correos a Roma (173).

Hubiera sido necesario inquirir con la pesquisa del Emperador Carlos V, tiempo después, sobre «el aposento que tenían los visorreyes» en Pamplona y «qué posadas ocupaban con sus criados, y qué manera tenían en el aposento de la gente de guerra» (174), para asir del llamado en la puerta de la verdadera habitación del gentilhomme en Pamplona. Allí los franceses graciosamente ceremoniosos sin necesidad de recurrir a los médicos de su ejército «le dieron muy buen recaudo para curarse..., proveyendo de médicos y lo demás» (175). Eran boticarios afamados por aquel entonces Juan de Amatriain, Juanes de Robledo, Ximeno de Mexía, vecino de Arévalo (176), al cargo del Hospital del Ejército, y Juan de Caparrosa, a cuya acendrada botica se confiaban Rena y Malpaso (177). Como cirujanos cobraban de la Tesorería General de Pamplona el Maestre Martín de Artieda y Sancho de Olóriz (178) y los médicos Johan de Elizondo y Francisco de Egiés (179).

En las primeras curas se revelaría más que nunca la brusca intimidad de las heridas. Mientras la pierna izquierda aparecía, desgarrada la encarnadura, sin lesión en el hueso (180), la derecha crujía fracturada, con la sonoridad leñosa de los huesos. Doblados sobre ellas los cirujanos se entretenían en hacer encabalgalar los huesos desencabalgados en su propia cabalgadura. El golpe, según testimonio superior de Juan Pascual, le había alcan-

(173) «Dicho me han que el licenciado Orbara y el doctor de Goñi por mandato del Duque mi señor salieron de Navarra... y que como los franceses entraron en Pamplona se vinieron luego ellos a ella desde Guipuzcoa donde estaban y en las tiendas de los franceses andaban y comian y bevian y desde allí an scripto ellos mismos a esta Corte...». Carta de Huarte a Rena. RENA. Carpeta 103.

(174) RENA. Carpeta 35. Carta del Emperador Carlos V a Rena.

(175) POLANCO. «Sumario. Fontes Narrativi», I, pág. 157.

(176) Aparece ciertamente en tal cargo cuidando de los heridos de Noáin.

(177) RENA. Leg. 104.

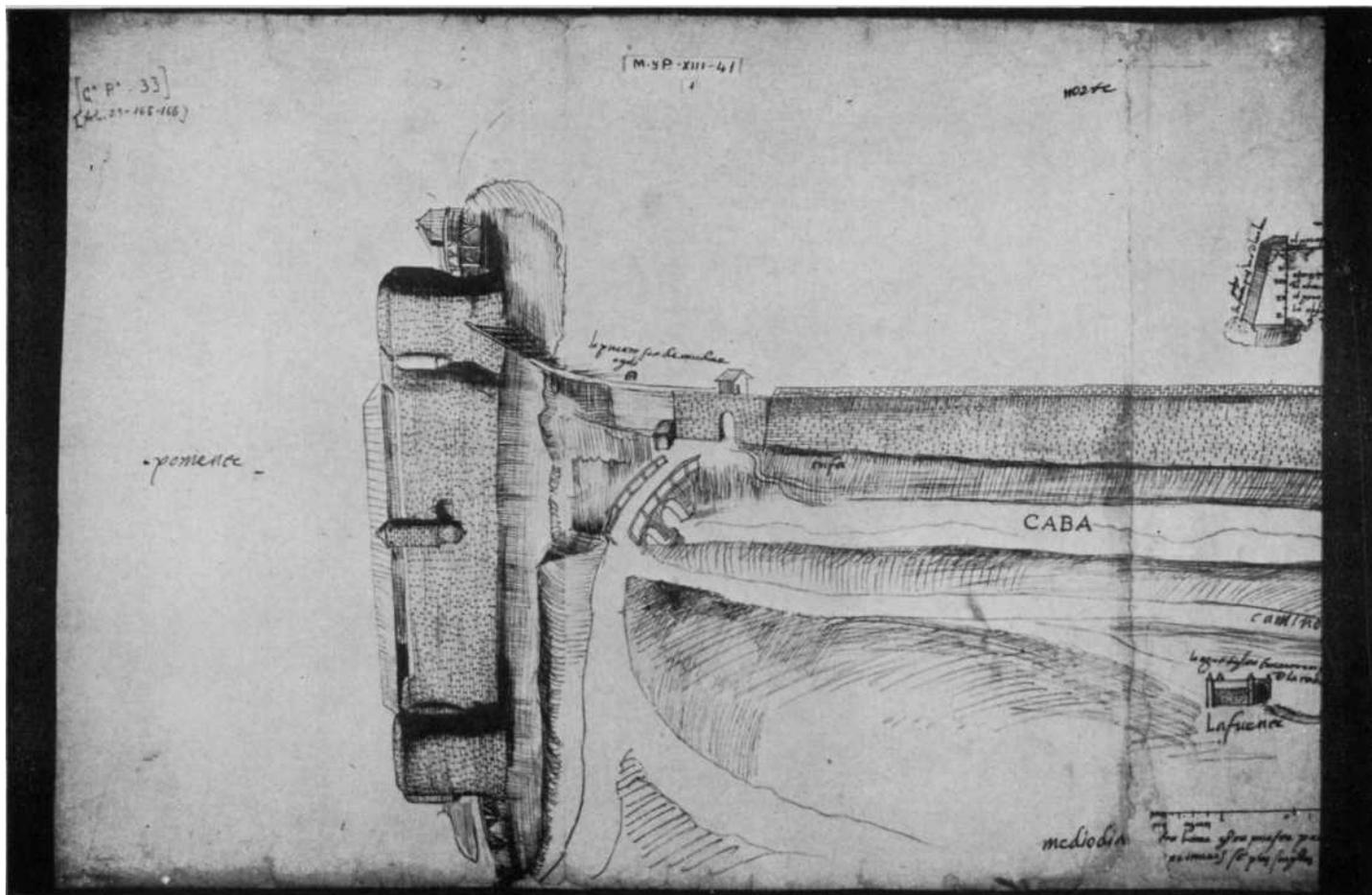
(178) Tesorería, folios 28, 3.

(179) *Ibidem*, folios 10, 28 v.

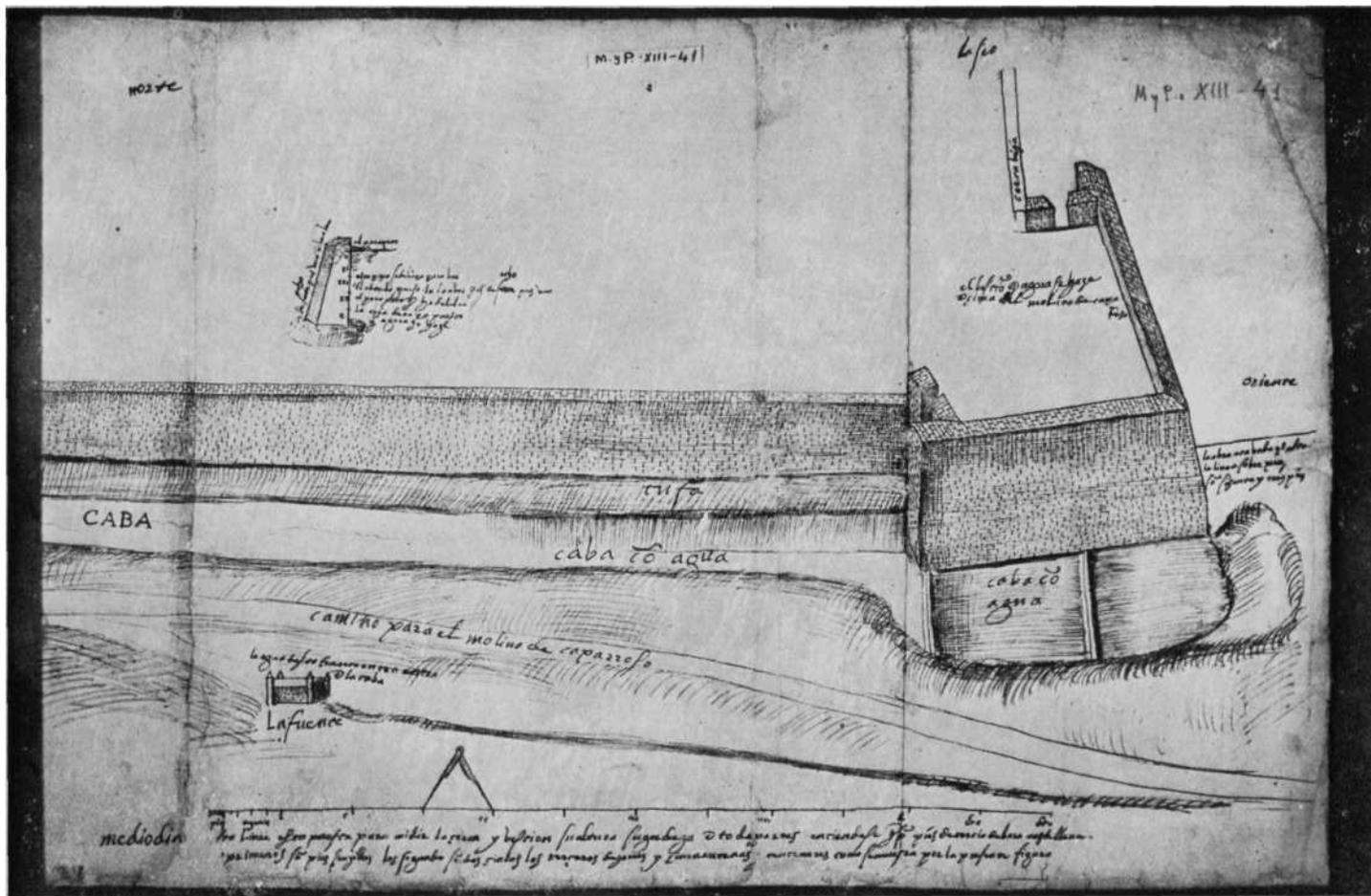
(180) POLANCO. «Sumario. Fontes Narrativi», I, pág. 157.



Escudo del Duque de Nájera, Virrey de Navarra, 1518, en la sillería del Coro de la Catedral de Barcelona.



Diseño del Castillo y lienzo de muralla hecho por Pizaño, año 1548.



Continuación del dibujo anterior con el baluarte sobre el Molino de Caparrosa.

zado también en la rodilla derecha, «girándole la rótula de su lugar a un costado» (181).

Agotados los medios mecánicos de sujeción y ajuste de los huesos, se tendrían, lo mismo que luego en Loyola, las «unturas». Entre todas, una «"untura" ideal para la pierna», elaborada con ingredientes pacientemente destilados, fué la más apreciada en la enfermería de Rena. Con un lindo rótulo se anunciaba la medicina: «Receta para lo de la pierna que me dió el tesorero Vallés». «Cuezan seis litros de agua pluvial hasta que se gaste la tercera parte y cuélese y échense las cuatro libras que quedan en una olla limpia, y dentro de ella se echen cortezas de rayzes de malvavisco... simiente de lino y alholvas... higos secos... cebolla albarrana cortada y majada un poco y mastuerzo, ... estén estas cosas en remojo tres días dentro de la olla en las dichas quatro libras de agua del primer cozimiento y callentando la agua sáquese mucilagine según arte.

Item el mismo día que se pusieron las cosas susodichas en remojo se pongan en otra olla aparte estas cosas, raizes de cogombrillo amargo, rayz de lirio cárdeno, raiz de brionia... cebolla albarrana y raizes de yergos... azeite común... y estarán estas cosas los tres días susodichos en remojo en el mismo tiempo que estan las otras de que se ha de sacar el mucilagine.

Item el tercero día de los tres dichos a la noche se pongan en remojo en vinagre las gomas siguientes, armoniaco. galbano, opopona que sera pinobdelio, la cantidad del vinagre ha de ser la que baste y las gomas se quebranten un poco y assi estaran toda la noche hasta la mañana que será el quarto día.

Al quarto día hágase el emplasto desta manera. Sáquese el mucilagine como se ha dicho, del qual se tome una libra y póngase en el cazo donde se ha de hazer el emplasto.

Luego se tome también la olla donde está el azeite con las rayzes y póngase al fuego y cueza hasta que las rayzes estén secas y sin ninguna virtud y cuélese y deste azeite se tomen dos onzas y se echen en el cazo sobre el mucilagine. Ittem se **tomen**

(181) ... «y venia molt cansat j coxejant de la cama dreta, que segons ell matex digué després j mostrá era de un arcabuzas que en la guerra sent soldat li avian pegat al jonoll, del cual colp lo tenia tan maltratad, que **la nou de dit jonoll la tenia girada fora de son Hoc al un costat** j vivia atormentadissim de dolor d'ell sempre que plovia o feya mudanza lo temps». Mon. Igna. Series IV, II, pág. 83.

azeyte de camomilla, azeyte de lirio cárdeno, azeyte de azucena, azeyte de almendras dulces, azeyte de linoja...

Agora tórnense de litarge dorado y échense en un mortero de piedra, y vayase echando sobre el poco a poco todos los azeytes trayéndolo muy reziamente con la mano del almirez que sea de hierro hasta que esté bien encorporado los azeytes y el litarge y después échese sobre el mucilagine. y mézclase y encorpórese muy bien todo, y vaya al fuego y cueza mansamente, trayéndolo siempre con la espátula hasta que se vea que la humedad de la bibanaza está embebida, entonces añádanse de trementina muy clara y muy buena y rayz de lirio cárdeno, si está muy majada y passada por cedazo y encorpórese todo muy bien, sobre el fuego y desvíese un poco del.

Y tórnense aparte doce onzas de las enxundias y vusos siguientes. Enxundia de ánade, de gallina, de garza, de ansar, de grulla, de puerco, de oso, de cavallo, o asno, o mulo en su lugar, de tejón, tuétano de ciervo, tuétano de vezerro o de vaca, o de buey, tuétano de quixada de puerco... y no pudiéndose hacer todas estas enxundias súplase la falta de las unas con las otras, y en lugar de los tuétanos si no los quiere sebos de los mismos animales. Estas enxundias y sevos se derritan aparte en una sartén o cuchar o cazo y assí como se van derritiendo se vayan echando sobre los azeytes y mucilagine apretando las enxundias y sebos porque salga más presto su liquor, y sea a muy manso fuego y échense a mal las tablillas, los tuétanos no se derritan sino échen-se sin derretir sobre las otras cosas y agora torne todo al fuego y de una buelta o dos y añádanse manteca de vaca fresca y sopo humedo, polvos muy cernidos de piedra marcasita... y encorpórese todo muy bien sobre el fuego y apártese luego del.

Agora tórnense las gomas con el vinagre en que están a remojar y póngase sobre el fuego por su parte con el vinagre, y cuezan hasta que se derritan y en derritiéndose luego estando assí callentes se cuelen por cedazo de sedas y buelban al fuego y cuezan al fuego muy manso hasta que todo el vinagre se gaste, y entonces échanse de presto sobre las otras cosas en el cazo donde estando fuera del fuego, y con mucha presteza se mezcle y encorpórese todo muy bien y añádanse la cera sy fuere menester y sea fecho cerobo o emplastro».

Otra receta más sencilla de cabeza de carnero, malvavisco,

manzanilla y alholvas prescribía al paciente, la aplicación del emplastro «cuanto más caliente se pueda sufrirse lave un ratico y después de bañado y enxugado con un paño caliente luego de presto, se ponga el emplastro y tenga siempre la pierna levantada, digo tendida sobre alguna caja» (182). Este tratamiento duraba cinco o seis días.

Alternando con las curas sin que el paciente blasfemara en ellas (183) en los «12 o 15 días» de estancia en Pamplona (184) recibía Iñigo la visita de franceses cortesianos, devolviéndoles finezas y dándoles en agradecimiento «con amor y liberalidad los dones que podía, hasta dar a uno su rodela, a otro su puñal, a otro su scorazas» (185). Por los mismos días debió de recibir los abrazos de Alonso de Montalvo, su antiguo amigo, paje de Arévalo, para asombrarlo con la sangre fría y valor con que sufría las curas (186).

Mientras junto al lecho del enfermo se producía toda suavidad por parte de los franceses, la ciudad conocía los atropellos y sobresaltos. A pesar de la desenvoltura y servicios con que la mujer de Francisco Ruarte había tratado a los franceses se daba por cierto que habían hecho prisioneros a sus hijos «juntamente con otros quatro hijos de castellanos y que pedían por ellos harto rescate» (187). Se perdió la librería de Rena y desde Roma se preguntaba angustiosamente el 1 de agosto «si se dió saco también» (188). Perjuicios de menor cuantía, «agravios en las posadas» (189) y otros encuentros se dejan adivinar en obligado contraste con el cerco de galantería que asediaba al gentilhomme.

Pamplona disfrutaba de una paz nueva. En el aire estaba el murmullo de la festividad del Corpus Christi. Doce hacheros por

(182) *Ibidem*.

(183) POLANCO. «Sumario. Fontes Narrativi», I, pág. 156.

(184) Acta. P. Ignatii. «Fontes Narrativi», I, pág. 366.

(185) POLANCO. Sumario en «Fontes Narrativi», I, pág. 156.

(186) «Y cuando supo después que estaba en Pamplona le fué a visitar y le halló enfermo de la pierna y le vió curar de ella mostrando aquel grande ánimo que se refiere en su historia. (Leturia colocó la visita de Montalvo en Loyola.) Cfr. Mon. Igna. Series IV, II, pág. 471.

187) RENA. Carpeta 103. Carta de Huarte a Rena. 1 agosto 1521.

(188) *Ibidem*.

(189) Tesorería, fol. 31.

el Concejo llevaron las hachas encendidas en la procesión, precedidos de tamborines y juglares (190)-.

La convalecencia de Iñigo, larga y delicada, reclamaba nuevos cuidados. Enviado a Loyola en una litera, atravesó el valle de Yerri, donde reposó por espacio de ocho días, y tramontando la sierra de Artía, descendió a Oñate y Anzuola (191). Al alejarse de Pamplona llevaba en su herida una punta de conversión y para toda su vida, como un recuerdo, la ondulación del paso y el gracioso contrapunto de la cojera.

Paralelamente a la convalecencia de Iñigo de Loyola la enfermedad de Alonso de San Pedro se llenó también de un prestigio amoroso. Las convalecencias eróticas de los dos defensores de la fortaleza no tenían de común más que el lapso ocioso, propicio a la pasión. Iñigo, en la cámara alta de la Casa Torre, cautivo de la dama de sus pensamientos, imaginando nuevas tretas de galán, cultivaba un amor tan ideal como imposible. «Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza; no condesa ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas» (192). Su ensoñación cada vez más débil comenzaba a entreverarse de nuevos estados interiores, próximos a la conversión. La erótica, en cambio, del Mayordomo de Artillería, más terrena y nupcial, se volcaba a las mismas horas en amoroso desliz, divulgado como chisme entre los supervivientes de la fortaleza. Alarcón, el criado de Rena, comunicaba, maligno, a su señor el 10 de agosto de 1521: «El mayordomo Alonso de San Pedro se ha casado con una donzella, de poco más de 20 años hija de Espeleta, y ella es tan moza como digo, y el tan viejo que en su cabeza no ay pelo negro ny en la barba cosa que no sea blanca, y nunca hace sino afeitarse y no aprovecha. Scrivole esto que lo sepa y vea ququando por los viejos corre la luxuria, en que peligro estamos los mozos...» (193).

(190) Tesorería, fol. 31. «Item libré a Petri de Saldías y Veltrán de Irurita nuncios, pa lo que ellos suplieron de lo suyo en el día de Corpore Christi en mercar cera para azer las doze achas palos y pabil para aquellos y el maestro que los hizo y en dar a los tamborines y juglares que se aliaron en la ciudat sendos reales y de los que llevaban las doze achas sendas tarjas y a los seys nuncios seys reales que todo monta ochenta nueve libras dos sueldos...».

(191) Cfr. RECONDO. «Itinerario de Iñigo de Loyola, herido. Pamplona-Loyola». 1521. «Razón y Fe», enero-febrero 1956

(192) Acta P. Ignatii. «Fontes Narrativi», I, pág. 370.

(193) RENA. Carpeta 96.

En agosto de 1534 seguía Alonso de San Pedro en su tenencia. Miguel de Herrera (194), rehabilitado, cesó en su alcaldado el mismo año (195). Juan Rena, antiguo constructor con Malpaso y proveedor de la fortaleza, murió siendo Obispo de Pamplona el 18 de enero de 1539. El 31 de julio de 1556 murió en Roma santamente el Padre Maestro Ignacio de Loyola, soldado y campeón de una fortaleza de la España Imperial, en cuyos dominios comenzaba a penar largo cautiverio el sol.

(194) Al cumplirse exactamente el mes de la entrega de la fortaleza, Miguel de Herrera recibió sus pagas retrasadas. En el libro de la «Quenta de Micer Juan Rena» no aparece ninguna paga a Iñigo de Loyola. Tampoco el gentilhomme del Duque pidió mercedes, ni siquiera para ayuda de costa de su enfermedad; camino de Montserrat cobró sus cantidades en Navarrete, lo que da a entender una vez más la estrecha dependencia de Iñigo respecto del Virrey de Navarra.

(195) «Príncipe de Viana, 1946. IDO ATE. «Estado de la fortaleza de la ciudad de Pamplona en 1534», pág. 830.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

- ARCHIVO GENERAL DE NAVARRA. (Sección de Papeles Sueltos. Fondo Rena. Libro de la Tesorería General de Pamplona.)
- ALESON, «Anales de Navarra», por el P. Moret, continuados por el P. Alesón, S. I. Volumen VII. Tolosa. 1890.
- ASCUNCE, «Iñigo de Loyola, capitán español...», por el P. Enrique Ascunce. S. J. Pamplona. 1940.
- BOISSONADE, «Histoire de la Réunion de la Navarre á la Castille», par P. Boissonade. Paria. 1892.
- CORREA, «Historia de la Conquista del Reino de Navarra», por Luis Correa. Pamplona. 1843.
- CREIXELL, «San Ignacio de Loyola...», por el P. Juan Creixell, S. J. Barcelona. 1922. 2 vol.
- CROS, «Saint François Xavier. Sa vie et ses lettres», por le P. J. M. Cros, S. I. 2 tomos. Toulouse. 1900.
- DANVILA, «Historia critica y documentada de las Comunidades de Castilla», por Manuel Danvila. Madrid. 1897-1899. 6 vol.
- DORMER, «Anales de Aragón desde el año 1525...», por Diego José Dormer. Zaragoza. 1697.
- EP. MLXT., «Epistolae Mixtae ex variis Europae locis ab anno 1537 ad 1556 scriptae...». M. H., S. J. Madrid. 1898 ss. 5 volúmenes.
- FABRI MON., «Beati Petri Fabri... Epistolae». Madrid. 1914.
- GARIBAY, «Compendio Historial...», por Esteban de Garibay. Tomo III. Barcelona. 1628.
- IDOATE, «Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra», por Florencio Idoate. «Príncipe de Viana». Números LIV y LV. 1954. Pamplona.
- LETURIA, «El Gentilhombre Iñigo López de Loyola», por Pedro de Leturia, S. J. Barcelona. 1949.
- LETURIA, «Un rasgo inédito sobre San Ignacio en Pamplona», por Pedro de Leturia, S. J. Revista «Agere». San Sebastián. 1926.
- MEXIA, «Historia del Emperador Carlos V», por Pero Mexía. Edición y estudio por Juan de Mata Carriazo. Madrid. 1944.
- M. H. S. J., «Monumenta Historica Societatis Jesu». Madrid. 1894 ss. y «Fontes Narrativi de S. Ignatio de Loyola et de Societatis Iesu initiis». 2 volúmenes. Roma.
- PEREZ ARREGUI, «San Ignacio, en Azpeitia». Monografía histórica, escrita por el P. Juan María Pérez Arregui, S. J. Madrid. 1921.
- RECONDO, «Itinerario de Iñigo de Loyola herido». Pamplona-Loyola, 1521, por el P. José M.^a Recondo, S. J., en «Razón y Fe». Núms. 696-7, 1956.
- SANDOVAL, «Historia del Emperador Carlos V, Rey de España», escrita por el maestro don Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona. Edición de Madrid, 1846 ss.
- YANGUAS Y MIRANDA, «Diccionario de Antigüedades», 3 volúmenes. Pamplona, 1840.
- ZURITA, «Anales de la Corona de Aragón», por Gerónimo Zurita Edición de Zaragoza, 1669.